

**ALGUNAS EXPERIENCIAS PSIQUICAS
Y SUS RESULTADOS**

Revisión completa de la primera edición en español publicada en 1982.
Copenhague, 2003

Lea las otras publicaciones en español de la Editorial:

- La Obra principal: ¡PEREGRINAD HACIA LA LUZ! – Un mensaje del Mundo Suprasensible a la Humanidad.
- PREGUNTAS Y RESPUESTAS – Suplementos I y II
- LA DOCTRINA DE LA REDENCIÓN Y EL CAMINO MÁS CORTO – Un mensaje del Mundo Suprasensible para todos aquellos que se denominan cristianos.

MICHAEL AGERSKOV

ALGUNAS EXPERIENCIAS PSIQUICAS

Y

SUS RESULTADOS

La primera edición en danés
fue publicada en 1922

Editorial «VANDRER MOD LYSET» Ltda.
Copenhague, Dinamarca

INTRODUCCIÓN

YA que a mi esposa y a mí, diferentes personas nos han solicitado que expongamos por escrito nuestras experiencias psíquicas y comentemos la conducción bajo la que hemos estado durante estos años, y gracias a la cual salieron a la luz las tres obras mediúnicas publicadas por mí, he decidido poner en conocimiento público, aquellas de nuestras experiencias que pueden ser dadas a conocer.

Hago de inmediato la salvedad, que naturalmente no puedo dar a conocer todo; pues nuestras experiencias son tantas y muchas de ellas tienen un carácter tan privado, que no pueden tener ningún interés para otras personas que para nosotros mismos. Lo que pretendo exponer será, por lo tanto, algunos acontecimientos que clara y llanamente testifican que tras nosotros ha habido una conducción espiritual que nos ha dirigido por caminos a menudo extraños hacia metas previamente fijadas; y también acontecimientos que serán considerados por personas de razonamiento lógico como pruebas irrefutables de que la personalidad no perece a la muerte, y que tras el mundo visible existen inteligencias invisibles que pueden intervenir y actuar en él.

Sin embargo, me resulta muy difícil adentrarme de buenas a primeras, en los acontecimientos que pusieron en nuestras manos las primeras pruebas contundentes, de la supervivencia de la personalidad humana después de la muerte del cuerpo; por eso prefiero empezar a relatar algunas experiencias de nuestra infancia y juventud, que por decirlo así, nos prepararon para lo que se avecinaba. Si bien para muchos lectores estos acontecimientos carecerán de importancia, no obstante constituyen los primeros eslabones de la

cadena que nos llevó a los resultados que han sido dados al conocimiento público hace mucho tiempo.

De su infancia más temprana mi esposa en realidad sólo recuerda un acontecimiento al que ella no ha podido darle una explicación normal – tal como imaginación, subconsciencia, telepatía, etc. - pero que puede ser comprendido si se explica desde el punto de vista de que un espíritu, probablemente atado a la Tierra, haya sido el autor de lo acaecido.

A la edad de unos seis o siete años, mi esposa tenía la costumbre, al costarse, de pegar la frente a los barrotes de la baranda de la cama. Lógicamente los barrotes le dajaban profundas huellas en la frente. Su ama la reñía a menudo y la ponía en el centro de la cama recomendándole que se quedase allí; pero tan pronto como el ama se iba, como dice el dicho: «el hijo de la gata ratones mata», J.¹ volvía a pegar la frente a los barrotes.

Una noche que J. yacía despierta² pero con los ojos cerrados en la posición que tanto le gustaba, sintió de repente como si alguien le apretara firme y duramente la nariz. Asustada saltó en la cama exclamando: «¡Suéltame!», échandose sobre el culpable que se atrevía a apretarle la nariz. Ella suponía que el culpable era una de sus dos hermanas menores con las que compartía la habitación. Pero sorprendida vió que sus dos hermanas estaban en sus respectivas camas durmiendo apaciblemente. La luz de la luna iluminaba la habitación, y además, ardía una lámpara de noche, de modo que J. pudo ver claramente a las hermanas. Como la habitación era bastante amplia y las camas de las hermanas estaban colocadas a la pared de enfrente, muy separadas de la de J., ninguna de ellas pudo haberse levantado para apretarle la nariz y haberse acostado de nuevo en el instante que transcurrió desde que J. sintió el duro apretón hasta que pegó el salto.

Llamó a las hermanas, pues aunque ella no había oído nada, pensó sin embargo, que hacían como si dormían; pero como nadie le contestó estuvo largo tiempo sentada pensando en quién podría haber sido.

¹ De aquí en adelante mi esposa será denominada: J.

² Durante su infancia J. padeció mucho de insomnio.

Por la mañana se lo contó a la hermana de su ama que por aquel entonces sustituía al ama que estaba de vacaciones. Lógicamente J. fue inculpada de haber inventado o soñado la historia; pero durante mucho tiempo su nariz estuvo adolorida y en el futuro se cuidó mucho de volver a pegar la frente a los barrotes; incluso después ya de adulta a menudo ha sucedido, que cuando sin darse cuenta se corría hacia la baranda de la cama, instintivamente se retiraba de un salto y luego pensaba en el acontecimiento de su infancia.

¿Cómo se explicaría este fenómeno si se prescindiera de la teoría del espíritu?. Que J. no había «soñado» lo corrobora su nariz adolorida; y como estaba del todo despierta y yacía completamente quieta, es difícil que se haya pegado con la baranda de la cama; yo no veo otra explicación que la de que un ser espiritual, que tenía la facultad de materializar su mano y emplearla para apretarle la nariz y así darle a la niña una buena lección, es el autor de la experiencia de J.

Ahora voy a relatar un acontecimiento de mi propia infancia, un acontecimiento que me dejó una impresión indeleble y que en ese entonces y todavía muchos años después me resultaba totalmente inexplicable.

Un día, debía haber tenido nueve años, me encontraba muy cerca de mi casa, la vivienda del aduanero en el pueblo de Rørvig, en un camino local que conducía a unas dunas llamadas Højesand, que se extienden desde el norte del pueblo hasta la localidad de Dybesø cerca del mar Kattegat.

De repente una pequeña niña estaba a mi lado. Yo no la conocía, ella no dijo su nombre, y yo no pregunté; pero en seguida me cayó sumamente bien. Puso su mano en la mía y juntos caminamos hacia Højesand; aquí nos quedamos largo rato y después emprendimos el camino de vuelta a casa. No recuerdo en absoluto lo que hablamos; pero nos dijimos muchas cosas, y ella me causó una infinita impresión, una impresión tal, que aún hoy día la tengo vivamente grabada en la mente.

Ella desapareció tan de repente como apareció.

Pregunté en vano a algunos acerca de la niña, pero por lo demás, sin confiar a nadie lo sucedido.

Cuando mi esposa tenía quince años y fue por primera vez a Rørvig, se sorprendió de que Højesand le pareciese tan conocido, mientras que el pueblo y las inmediaciones le resultaron desconocidos. J. decía a menudo que no podía comprender de dónde conocía el lugar, y como ella hasta aquel momento no había estado en lugares donde se hallan dunas, brezos, etc., su conocimiento no podía provenir de semejanzas paisajísticas.

Ninguno de nosotros pensó entonces ni en los primeros años de nuestro matrimonio, que la explicación era: que J. era la mencionada niña que, mientras ella estaba enferma con fiebre en su casa en Copenhague, había sido mi compañera de juegos por corto tiempo en Rørvig durante una exteriorización en el sueño. Pero treinta años después de que yo a mis nueve años hube tenido esta experiencia, una vez establecido el contacto entre mi fallecido suegro, pastor R. Malling-Hansen, y nosotros, recibimos una explicación que para nosotros fue totalmente válida, pero que para aquellos que desconocen los fenómenos ocultos les parecerá sumamente fantástica y que tal vez me dé fama de no estar en mis cabales. Mi suegro relató lo siguiente:

Antes de nuestra encarnación, mi esposa y yo habíamos prometido encontrarnos en la existencia terrestre para como esposo y esposa posiblemente convertirnos en los mediadores entre el mundo sensible y el suprasensible, de lo cual había necesidad en grado sumo. (Véase «Peregrinad hacia la Luz», pág. 284). Para crear una comunicación psíquica entre nosotros, el Espíritu custodio de J. durante su enfermedad la había llevado, es decir, a su Yo espiritual, a mi casa y la había materializado por medio de irradiaciones de Luz, de modo que ante mí apareciera como un ser viviente, una niña de mi edad.

Mi esposa no recordaba nada de esta metamorfosis (aparte, como ya se ha dicho, de la impresión del paisaje); y cuando yo la conocí a la edad de quince años, no la relacioné con mi experiencia, si bien me sentí en seguida atraído por ella.

Después de haber relatado estos acontecimientos de mi infancia, paso a un tiempo posterior.

Cuando mi esposa perdió a su padre a la edad de diecisiete años, se encontró de nuevo frente a un fenómeno que le impresionó aún más que la experiencia de la infancia, y que tampoco pudo explicarse, ya

que en aquel entonces todavía no tenía el más mínimo conocimiento de espiritismo.

Al día siguiente de la muerte de su padre, ella estaba sola en uno de los salones mirando hacia el jardín, de espaldas a la puerta del salón. Ella, que había querido a su padre indeciblemente, pensaba en él, que había partido, pensaba en cuán difícil iba a ser para ella el no volverlo a ver nunca más en vida.

Ensimismada en sus tristes pensamientos, de repente oyó, clara y nítidamente, la voz de su padre que le decía: «¡No estoy muerto, vivo!».

Invadida de una alegría momentánea, se volvió convencida de estar cara a cara con su padre, pero el salón estaba vacío. Confundida de no ver a nadie a pesar de haber oído claramente su voz, se figuró que su padre había tenido una muerte aparente (murió repentinamente de un ataque al corazón) y que, aunque ella no había oído moverse la puerta, él había continuado su camino para decírselo al resto de la familia. Pero como el silencio continuaba en torno suyo y no aparecieron ni su madrastra ni sus hermanas, se dirigió al despacho del padre, donde había quedado su cadáver, con la esperanza de encontrarlo de camino allá. Mas no vio a nadie, y cuando abrió la puerta del despacho vio que el cadáver de su padre yacía tranquila y plácidamente en la misma posición en que ella lo había visto la última vez.

J. estaba tan impresionada por lo que había experimentado que no se atrevió a contárselo a su madrastra ni a sus hermanas. No habló de esta experiencia con otros hasta muchos años después.

Ya de muy joven mi esposa era muy receptiva a la influencia por el pensamiento. Acaecía una y otra vez, que tenía la sensación de que alguien iría a su casa en el transcurso del día, y cuando la persona llegaba se dirigía a su madrastra o a sus hermanas exclamando: ¡Sí, ya lo sabía!

Igualmente acontecía a menudo, por ejemplo cuando sus hermanas y ella jugaban a sorteo, que ella sabía de antemano quién sería la afortunada, y cuando así resultaba volvía a decir: : ¡Sí, ya lo sabía!

Con frecuencia le hacían broma a causa de eso; pero una cierta cohibición por el extraño hecho de que ella de antemano estuviese enterada, la inhibió de decirlo a tiempo. Pero ella misma fue cada vez más atenta a esto, que por supuesto, le era completamente inexplicable.

Después de la muerte de la madrastra y de la disolución del hogar, J. vivió un tiempo junto con una hermana mayor. J. y yo éramos entonces prometidos, y ella me había confiado algunas de sus experiencias, al igual que yo mismo participé en algunos acontecimientos que, sin embargo, pueden explicarse como fenómenos telepáticos y como además sólo tienen un interés especial para nosotros mismos, no voy a adentrarme en ellos. Pero varias veces yo le había dicho: «Deberías escribir lo que sabes, antes de que suceda».

Un día que J. estaba ocupada en quehaceres domésticos oyó una voz desconocida para ella que decía: «El miércoles saldrá el número ganador de Michael con 1000 coronas de premio».

Escarmentada por la experiencia, J. escribió en seguida las palabras en un trozo de papel y lo metió en el cajón de su escritorio, pero no dijo nada a su hermana ni a mí.

Esto ocurrió un lunes. El miércoles, que era el primer día del sorteo de la lotería, en la lista del sorteo ví que mi número había salido con 1000 crs. de premio. Subí de inmediato adonde estaba J. para contarle la noticia; ella no se sorprendió ni siguió un poquito, sino que dijo como tantas otras veces antes: «Ya lo sabía – pero ahora verás, esta vez lo he escrito para que tú y los otros veáis que es cierto lo que digo». Después de lo cual me entregó el papel en el que había escrito las palabras.

En verdad admito, que me sorprendí mucho e involuntariamente pensé que, aunque no tenía ningún motivo para dudar de su sinceridad, ella al igual que yo, lo había visto en la lista del sorteo, (todavía no había salido ningún periódico vespertino). Por eso pregunté a la empleada de la casa si la señorita había estado en casa toda la mañana. (La hermana de J. estaba en aquel entonces dedicada a sus tareas escolares). La chica que visiblemente se quedó desconcertada por esta pregunta, respondió de inmediato: «Sí, la señorita y yo hemos estado en casa todo el tiempo». Tuve que rendirme a la evidencia, como he tenido que hacerlo tantas veces posteriormente.

En los primeros años de nuestro matrimonio no recuerdo haber experimentado nada especial en el terreno de lo oculto. Ya en aquel entonces era bastante versado en literatura espiritista y lo relacionado con ella, mientras que mi esposa, tenía muy poco conocimiento de ello, pero sin embargo, sabía lo suficiente como para darse cuenta

de que el espiritismo explicaba varias experiencias del tipo que ella había tenido, como provenientes de espíritus; pero no mostraba ningún interés especial por el tema.

Cuando nuestra hija tenía unos dos años y medio, surgieron entre tanto una serie de fenómenos que acapararon nuestra atención, algunos de los cuales expondré a continuación.

Nos dimos cuenta de que ella a veces se dirigía hacia un banquillo bordado que estaba en una esquina, hacía una reverencia, tendía la mano y decía: «¡Ho'la, ho'la!», después de lo cual saltaba llena de alegría; o arrastraba sus juguetes hacia el banquillo y hablando ansiosamente los tendía como si se los mostrase a alguien. Algunas veces cuando estaba jugando, se levantaba de un salto y halaba hacia sí algún juguete exclamando: «¡Es de Inge, no lo cojas!». Una mañana cuando mi esposa había llevado a la niña a su cama, mientras la vestía, de repente la oyó gritar muy excitada al tiempo que señalaba su propia cama: «Niñita, no tocar los juguetes de Inge». J. intentó tranquilizar a la niña diciéndole que no había ninguna niñita; pero ella insistía en lo suyo, y no se quedó tranquila hasta que J. tomó los juguetes y se los llevó. Poco después, cuando la niña ya estaba vestida y fue llevada al salón contiguo, pero aún no tenía los juguetes consigo, mi esposa vió que la niña abrió la puerta de par en par que estaba entreabierta, y pisando muy furiosa el suelo gritó: «¡Niñita, no tocar los juguetes de Inge!». Después corrió hacia su cama y cogió todas sus cosas, mientras continuaba diciendo que eran suyas.

Un día a la hora de la cena - hacía algún tiempo que yo había perdido a mi padre - la niña bajó de repente de su silla exclamando: «¡Es el abuelo!» y entró apresurada en el salón, pero se paró de golpe y miró decepcionada en torno suyo. Los dos nos acercamos a ella y mi esposa trató de explicarle que el abuelo no podía estar allí porque estaba con Nuestro Señor. Pero la niña siguió afirmando que el abuelo estaba allí, y señaló el sofá.

Nuestra hija siempre había sido muy apegada al abuelo y mi padre había correspondido su cariño; para nosotros ahora es muy comprensible, que mi padre realmente hubiera estado en nuestra casa cuando la niña lo vió.

En otra ocasión cuando J. estaba ocupada en la cocina junto a la estufa, y la niña jugaba en el suelo, de pronto se quedó quieta, miró hacia su madre y dijo: «¡Ay, pero si aquí hay dos mamá! ». Dando a

continuación unos pasos hacia delante abrazó a un ser invisible para mi esposa, y después fue hacia su madre a quien le dió otro abrazo. Varias veces repitió el mismo acto, parándose siempre delante de la mesa de la cocina como si realmente en este sitio se hallara un ser material.

Poco a poco J. comprendió que de nada servía hacer entrar en razón a la niña pues lo único que conseguía era irritarla, así que cuando fenómenos parecidos se presentaban se hacía la desentendida o participaba en las figuraciones de la niña. Cuando algún tiempo después nos mudamos a otro piso que tenía un pequeño jardín, la compañera de juegos invisible fue sustituida por una «viviente».

Para nosotros que vivimos los fenómenos ya relatados y que los sentimos en toda su espontaneidad, la explicación espiritista es la única posible: a la niña en su soledad le fue enviada una compañerita de juegos invisible para nosotros, pero visible para ella.-

Establecemos Contacto con algunos de los defensores del Espiritismo en Dinamarca

EN la primavera de 1908, a través de la mayor de mis cuñadas, Sra. Danckert, conocimos al ahora fallecido licenciado Sigurd Trier que en aquel entonces todavía luchaba fervientemente por reclutar prosélitos para la causa espiritista.

Durante muchos años la Sra. Danckert había defendido y defendía incansablemente la teoría espiritista ante nosotros, cada vez que surgía el tema. Por su iniciativa asistimos como espectadores a algunas de las sesiones de Trier en casa de ella, en las cuales el mismo Trier fue médium de un espíritu que se llamaba Appius Claudius.

Las sesiones de trance no nos resultaron agradables; pero la sorprendente rapidez con que él escribía diferentes poemas partiendo de temas dados, no dejó de impresionarnos, sobre todo porque muchos de los poemas eran de serio contenido, y eso, a pesar de que la transferencia a menudo sólo tomaba pocos minutos y que había una animada conversación en la sala. Y como el Sr. Trier nunca exigía participar en la elección de los temas, sino que tomaba aquello que le era dado, tuvimos que reconocer que su afirmación de ser sólo intermediario de una inteligencia invisible era más que probable.

Gracias a la asistencia a estas sesiones aumentó mucho nuestro interés por los fenómenos psíquicos, y casi nos sentimos inclinados a convertirnos en participantes activos de las sesiones, algo que la Sra. Danckert nos seguía proponiendo.

Principalmente, lo que hizo que de espectadores pasásemos a ser participantes activos, fueron algunos fenómenos de los cuales el primero surgió totalmente espontáneo, es decir, sin ninguna preparación ni deseo de nuestra parte.

Una noche, estando mi esposa sola en casa leyendo junto a la mesa de la sala en donde se hallaba una lámpara con pié de latón; se asustó al oír tres golpes metálicos agudos. El sonido pareció provenir del pié de la lámpara que estaba justo delante de élla; sonó como si un pequeño martillo de metal golpease el pié; los golpes resonaron en la sala y entre cada golpe había un corto intervalo.

Cuando los tres golpes cesaron, hubo un lapso de tiempo seguido de tres golpes idénticos a los primeros.

Mientras éstos sonaban en la sala, J. se levantó y miró la lámpara cada vez con mayor espanto. De nuevo una pausa. Mas cuando los golpes comenzaron otra vez dijo en alta voz y terminantemente: «¡Basta, ya no quiero oír más!» Mientras hablaba sonó el segundo golpe, pero más débil que el anterior y cuando J. calló sonó todavía un último, suave como un eco del anterior – luego silencio.

Mi esposa me contó lo ocurrido cuando llegué a casa; pero al preguntarle: por qué no había preguntado quién o qué era, quizás era alguien que quería hablar con nosotros – ella contestó: «No, no pude, me asusté demasiado; además no quiero tener nada que ver con cosas que no sé lo que son». Pero ambos estábamos convencidos de que tenía relación con fenómenos espiritistas, pero no sabíamos cómo debíamos comprender lo ocurrido.

Unos días más tarde cuando yo estaba sentado en la sala pensando en cuál sería la coherencia del asunto, se me ocurrió qué podía preguntar. Entonces pensé: si aquí se encuentra una inteligencia espiritual, pido que toque una cuerda del piano.

No hubo ningún sonido; esperé la respuesta algunos minutos – pero no escuché nada; entonces me dediqué a mi trabajo.

Un momento después J. entró y se sentó en un sillón al lado del piano, y un instante después se oyó un sonido tintineante por el salón.

J. dió un salto exclamando: ¡Se rompió una cuerda del piano!, eso nos pareció a los dos.

Yo fui en seguida hacia el piano y toqué toda la escala; todos los tonos sonaban bien, no se había roto ninguna cuerda.

Entonces le conté a J. el deseo que había expresado poco antes. La respuesta había llegado pues, pero no hasta que J. estuvo cerca del piano. Los dos estuvimos de acuerdo al pensar que alguien o algo debía haber provocado el sonido, ¿pero quién y cómo?

Cuando poco días después la Sra. Dancker vino a visitarnos, le contamos nuestras experiencias, y ella estuvo convencida de que habíamos sido llamados, que alguien del más allá deseaba ponerse en contacto con nosotros. Ella, que era un tanto clarividente, dijo que podía ver una cantidad de espíritus del círculo de S. Trier, que yo debería intentar en seguida probar si a través de su influencia podía escribir poemas al igual que Trier.

Después de discutirlo algún rato, tomé papel y lápiz, la Sra. Danckert mencionó un tema, mi esposa miró el reloj que yo había puesto delante de mí, y tras pocos minutos había escrito sin correcciones un poema al estilo del espíritu Appius Claudius. Intentamos otra vez, y cuando aún no había pasado una hora ya tenía escritos ocho poemas.

Luego de este primer intento siguieron otros, despertando tanto interés en nosotros, que acordamos formar un círculo de sesiones; como mi hermana, la Sra. Lindahl, y su esposo estaban también intrigados por lo sucedido, el círculo se compuso del Sr. y la Sra. Danckert, del Sr. y la Sra. Lindahl, mi esposa y yo.

Durante el tiempo que siguió, la Sra. Danckert y yo fuimos los médiums del círculo; surgieron numerosos poemas de nuestras sesiones que según se decía provenían de las más diferentes inteligencias espirituales. La Sra. D. describía a los espíritus y daba sus nombres. Varios de los poemas parecían mucho en su forma y modo de expresión a los poemas que habían surgido en el círculo de Trier y que estaban suscritos con los mismos nombres.

La Sra. D. tenía muchos deseos de que comenzásemos con las sesiones de mesa, pero ni mi esposa ni yo teníamos deseos. J. más bien se burlaba de todo pues le parecía que era un modo ridículo de entablar contacto con el más allá. Tampoco creía que la escritura de los poemas probase nada, ya que yo mismo sabía escribir poemas, a lo que tuve que darle razón, si bien mi propia producción y los poemas surgidos en las sesiones no tenían la más remota semejanza.

Cuando ahora miro estos poemas, de los cuales surgieron cerca de doscientos, debo afirmar convencido, que realmente hubo inteligencias invisibles tras ellos. La rapidez vertiginosa con que surgieron; el

hecho de que los temas fuesen dados y la escritura comenzara inmediatamente y sin ninguna planeación de mi parte; que la escritura no fue interrumpida y no hubo correcciones; que muy a menudo se charlaba animadamente en la sala sin que esto perturbara; y finalmente, y no menos importante, que yo durante la escritura me sentía francamente sobrecogido por los más diferentes sentimientos: todo esto me es una prueba de que yo en ningún momento he estado solo en el asunto. Cuál es la parte que les corresponde a los seres invisibles y cuál es la mía, es naturalmente imposible de establecer.

Al final del libro, en el apéndice, se encuentran algunos ejemplos muy diferentes de esta producción.

También a través de la Sra. Danckert, a finales del verano de 1909, conocimos a Chr. Lyngs, sucesor de Trier como redactor del órgano espiritista «El Buscador de la verdad». Mi cuñada nos presentó con la esperanza de que quisiéramos asistir a una sesión de mesa dirigida por el redactor Lyngs.

La verdad es que muchos deseos no teníamos, sobre todo cuando J. supo que habría de tener lugar en una habitación bastante oscura. Y a pesar de las insistentes protestas de J. - era una noche oscura - la lámpara fue trasladada a la otra sala; pero ella exigió que dejaran la puerta entreabierta, de modo que un haz de luz iluminase el suelo. Al lado del haz de luz fue colocada una pequeña mesa. El redactor Lyngs, mi cuñado y J. se sentaron en torno a la mesa con las manos puestas en ella. Yo estaba de cuclillas en el suelo para vigilar que todo tuviese lugar sin «la ayuda» de los participantes. La Sra. Lyngs y la Sra. Danckert participaron como espectadoras pasivas.

No tuvimos que esperar muchos minutos para que la mesa, al parecer sin la ayuda de los participantes visibles, levantase una pata del suelo y se inclinase hacia J., que estaba incómoda por este movimiento e intentaba empujarla a su posición original. Pero el Sr. Lyngs le explicó: que no debía hacerlo, que cuanto más tranquilidad mostrase tanto mejor sería el contacto.

Tras la demanda del Sr. Lyngs al ser invisible sobre quién era, fue contestado que era su guía espiritual I. Después de unas cuantas preguntas hechas por el Sr. L., la respuesta se produjo al repasar el Sr. Lyngs el alfabeto, la mesa golpeaba el suelo con la pata levantada cuando nombraba la letra que necesitaba la inteligencia espiritual, y

también golpeando sí y no. De esta manera fue comunicado: que J. era médium y que las inteligencias del más allá deseaban que ella se pusiera en contacto en ellas.

A mi esposa no le gustó mucho el mensaje; pero el Sr. Lyngs dijo muy serio que no debería oponerse al deseo expresado.

Aunque algunos años más tarde el camino del Sr. Lyngs y el mío se separaron a causa de opiniones divergentes, mi esposa y yo le agradecemos porque fue él quien en realidad nos puso en contacto con aquéllos que buscaban ansiosamente nuestra ayuda, para que el trabajo planeado antes de nuestra encarnación pudiera ser iniciado.

Certifico por la presente que lo anteriormente informado concuerda con la verdad: que mi difunto esposo, en una sesión de mesa celebrada a finales del verano de 1909 en casa de la Sra. Danckert le comunicó a la Sra. Agerskov el mensaje de que: las inteligencias espirituales deseaban ponerse en contacto con ella.

22.3.1922

Christiane Lyngs

Confirmo que lo anteriormente relatado concuerda con la verdad.

30.3.1922

M. Danckert

Antes de continuar, quiero explicar en pocas palabras lo que realmente tiene lugar en una sesión de mesa, para en lo posible, acabar con la estúpida creencia que muchos por su ignorancia manifiestan: es decir, que el espíritu «está en la pata de la mesa».

El espíritu que desea manifestarse, se encuentra cerca de la mesa y por medio de las irradiaciones invisibles de los participantes en la sesión y en virtud de su voluntad, el espíritu levanta la pata de la mesa del suelo de igual modo, que aquí en la Tierra por medio de la fuerza de vapor o de electricidad se puede poner en movimiento una rueda o levantar objetos del lugar donde reposan. No hay nada de abra cadabra en este acto, las inteligencias espirituales pueden realizarlo sencilla y fácilmente, ya pertenezcan éstas al poder de la Luz o al de las Tinieblas.

Los Papeles encontrados

COMO ya hemos dicho, después que a través del guía espiritual del redactor Lyngs hubimos recibido el mensaje, de que seres del mundo invisible deseaban ponerse en contacto con nosotros, decidimos intentar obtener tal contacto en una sesión de mesa normal siguiendo las indicaciones del redactor L.

Cuando un día estábamos en casa de mi hermana, la esposa del odontólogo Lindahl, acordamos intentarlo.

Nos sentamos en torno a una pequeña mesa con las palmas de las manos ligeramente puestas encima. Estuvimos esperando mucho rato, más de media hora; pero la mesa no se movió, ni siquiera se sintió el más mínimo movimiento ni vibración. Cansados hicimos una pausa, después de la cual continuamos con el mismo resultado negativo hasta que decidimos cesar pensando que las sesiones de mesa era una verdadera patraña.

Después de este comienzo infructuoso, no teníamos muchos deseos de continuar; pero unos días después vino mi hermana para decirnos: que como éramos J. y yo los que habíamos sido exhortados a poner en contacto con el más allá, era quizás la idea, que la sesión se celebrase en nuestra casa. Esto nos pareció bastante plausible y conseguimos una mesa de tres patas y nos sentamos alrededor de la misma. Apenas habíamos estado sentados unos minutos, cuando bruscamente la mesa levantó una pata del suelo y se inclinó hacia J.

El movimiento llegó tan repentino e inesperado que rápidamente los tres retiramos las manos, nos miramos y exclamamos al mismo tiempo: ¿Fuiste tu? Cada uno de nosotros sabía perfectamente que no había sido el causante del movimiento de la mesa, sino que en el

momento de la sorpresa supusimos que uno de los otros habría de ser el causante.

Como cada uno de nosotros aseguró su inocencia, repetimos el intento; por lo demás, tampoco ninguno de nosotros pudo haber movido la mesa, ya que la sesión se celebró a la luz del día y nuestras manos, como ya he dicho, estaban puestas ligeramente encima de la mesa.

En el siguiente intento la mesa se movió casi de inmediato y cuando yo pregunté si allí se encontraba una inteligencia espiritual, la mesa dió tres golpes fuertes con la pata que fue levantada, dado que la mesa cayó 3 veces contra el suelo y volvió a levantarse.

Le pedí al invitado invisible que nos deletrease su nombre, haciendo que la pata de la mesa golpease el suelo cuando yo, al recitar el alfabeto, mencionase las letras necesarias para componer el nombre.

De esta manera rápidamente pudimos componer el nombre de un hombre relativamente joven, el Sr. N.N., que en aquel momento llevaba muerto varios años y al que mi esposa y yo conocíamos un poco, mientras que mi hermana no lo conocía. El nombre nos sorprendió muchísimo ya que los tres presentes teníamos parientes fallecidos cuya manifestación nos había parecido posible, mientras que no habíamos pensado en aquél que se manifestó.

Al preguntar nosotros si tenía algo especial que decirnos, nos comunicó esta extraña frase: «Lacrad un papel». Reflexionamos sobre lo que quería decir y pedimos más detalles, más no nos los dió; la mesa no se movió lo más mínimo.

Entre nosotros hablamos sobre lo que las palabras podrían significar, y mi hermana comentó que como ella no conocía al espíritu, éste quizás no quisiera dar más detalles mientras ella estuviera presente.

A la siguiente noche mi esposa y yo nos sentamos solos a la mesa¹, no había otros en la habitación. El mismo espíritu, N.N., se manifestó de nuevo. Por medio de diferentes preguntas, que fueron contestadas mediante el alfabeto y golpes de mesa, nos comunicó su deseo de que entre los libros que había dejado deberíamos buscar y quemar algunos papeles, que él, por diferentes razones quería que fuesen destruidos: desde su muerte había pensado constantemente en esos papeles que no deseaba cayesen en manos ajenas. La conversación

¹ Todas nuestras sesiones fueron celebradas a la luz de una lámpara o del día.

fue sumamente dificultosa, pues sus respuestas fueron muy confusas y varias veces nos dió instrucciones contradictorias sobre dónde se encontraban los libros.

Luego de una semana de conversaciones nocturnas con N.N. solamente nos fue indicado que los papeles que habían de ser quemados se encontraban en un *cuaderno escolar azul* en cuya portada estaba escrito: *aritmética*; y nos comunicó además el contenido del cuaderno, pero sólo muy someramente nos indicó dónde se encontraban sus libros. Como J. ya una vez había intentado inútilmente encontrarlos en el sitio indicado, estábamos a punto de perder la paciencia y abandonar todo.

Entonces J. se acordó de que su difunto padre había conocido a este N.N. que se nos manifestaba, y se figuró que a lo mejor su padre estaba tras estas manifestaciones, y que si nos dirigíamos a él posiblemente podríamos arreglar el asunto de una manera satisfactoria.

Preguntamos entonces a N.N. si el padre de J. estaba allí o podría venir, y la respuesta fue: «¡El está aquí!».

Inmediatamente notamos un gran cambio en los movimientos de la mesa; rápida y claramente, casi antes de que hubiéramos hecho nuestras preguntas, recibimos la respuesta con golpes firmes y fuertes. El espíritu que ahora controlaba la mesa nos dió su nombre mediante el alfabeto y golpes, habló efusiva y emocionadamente, sobre todo a mi esposa, y de un modo tal, que ella reconoció de inmediato a su padre por las palabras que él compuso y el modo en que formuló sus frases. El terminó diciendo: «Váis por el recto camino, Dios está con vosotros».

Luego nos comunicó breve y claramente dónde se encontraban los libros dejados por N.N. Al mismo tiempo nos dijo que además del cuaderno escolar mencionado (*aritmética*) debíamos encontrar media cuartilla que estaba suelta metida en uno de los libros. N.N. ya no recordaba en qué libro; mi suegro nos pidió por tanto buscar en todos los libros hasta que lo encontrásemos.

Pero como la señora que entonces nos ayudó a encontrar los papeles deseados, al dirigirnos a élla para que verificase nuestro relato, niega rotundamente tener conocimiento alguno del cuaderno escolar azul (*aritmética*) como tampoco de la media cuartilla suelta, no podemos ahondar en la cuestión. En cambio recuerda un pequeño

incidente: que nos había entregado una libretica creyendo que era el libro buscado. En aquel entonces le hicimos observar: que el contenido de la libreta no correspondía a lo que el Sr. N.N. nos había indicado. En su carta concerniente a este asunto ella escribe: «...el primer libro que encontré era una libretica, quizás azul...» Sin embargo era de *color rosa*, y no un *cuaderno escolar*. La razón por la que esta persona haya recordado la libreta, pero *olvidado lo demás*, es quizás que N.N. ante nosotros había empleado la expresión «mi propio libro» refiriéndose al cuaderno escolar azul para diferenciarlo de los libros impresos. Claro está que se puede denominar la libreta «su propio libro»; pero no era aquél del que se trataba. La explicación que mi esposa y yo dimos del asunto fue rotundamente rechazada, ella no recordaba nada de los dos detalles principales. Pero en su última carta a nosotros ella escribió entre otras cosas: «...aunque la exposición del asunto fuese totalmente correcta, yo no hubiese firmado a pesar de todo... »

Debo pues respetar el deseo de aquella señora: no hacer público su nombre; por esta razón debo renunciar a una detenida explicación de cómo evolucionó el asunto; sólo puedo decir: *los papeles fueron encontrados y quemados*.

Mas he de añadir que una vez hallados los papeles mi esposa y yo contamos el incidente a algunos de nuestros parientes mencionándoles *tanto el cuaderno escolar como el papel suelto*, pero sin decirles cuál era el contenido. Igualmente hemos contado a menudo en posteriores ocasiones este incidente poniendo siempre de relieve los dos puntos principales.

El asunto por tanto se presenta así: o mi esposa y yo desde el primer momento, en nuestro primer relato de lo ocurrido, hemos tergiversado los hechos verídicos, o la señora ha olvidado lo esencial y recordado lo no esencial. *Es decir, postulado contra postulado*.

Aunque el episodio relatado de manera incompleta no puede ser demostrable ante el lector, lo he incluido a pesar de todo, porque constituye la base de nuestra certidumbre de que inteligencias espirituales pueden ponerse en contacto con los seres humanos.

Sesiones de mesa, Fotografía y Clariaudiencia

SI antes habíamos vacilado sobre cómo deberíamos explicarnos estos fenómenos que habíamos experimentado, ahora estábamos totalmente convencidos de que tras lo ocurrido debían haber inteligencias espirituales; tampoco dudábamos de que el padre de mi esposa se nos había manifestado; pero también comprendimos que él no sólo buscó nuestra ayuda para encontrar los papeles que habían de ser destruídos. Debía haber otras razones.

Preguntamos, pero sólo nos respondió que había mucho en lo que podíamos ayudar; todo llegaría poco a poco si teníamos confianza en él y confiábamos en que Dios era nuestro guía supremo; debíamos recordar que El siempre nos alentaría en nuestra labor.

Nuestras sesiones adquirieron ahora otro carácter. Continuamos con mi escritura de poemas, pero ahora también por medio de golpes de mesa podíamos obtener respuestas a nuestras preguntas.

Aparte de las sesiones del círculo J. y yo, exhortados por mi suegro, teníamos nuestras propias sesiones privadas a las que él y otras elevadas inteligencias espirituales llevaron a muchos de los llamados espíritus atados a la Tierra; espíritus humanos que, mientras estaban revestidos del cuerpo humano, de alguna manera habían infringido las Leyes divinas y humanas y que después de la muerte se sintieron atados por su conciencia de pecado y por eso no habían podido regresar a sus respectivas moradas en las esferas. (Véase «Peregrinad hacia la Luz», pág. 243).

Tratamos de hacer entrar en razón a estos seres, tratamos de hacerles reconocer ante nosotros y ante Dios cuanto habían pecado. En el caso de muchos se trataba solamente de hacerles comprender que sus cuerpos terrestres estaban muertos. Se figuraban que «vivían» todavía en las condiciones terrestres conocidas por ellos. En cuanto

hubieron comprendido que su cuerpo carnal había perecido pero que su Yo espiritual había sobrevivido la muerte, los espíritus elevados podían conducirlos a su hogares, a paz y reposo. Para nosotros fue un trabajo agotador ya que todo lo que los muertos querían comunicar debía ser deletreado, un método infinitamente lento y fatigoso.

Como algunos de los participantes de nuestro círculo deseaban que intentásemos obtener resultados con la «fotografía de espíritus», preguntamos a mi suegro si eso era algo que deberíamos emprender. El contestó que desde luego podíamos intentarlo, pero que no estaba seguro de que alguno de los participantes poseyera las irradiaciones especiales necesarias para ese fin. Si nosotros queríamos seguir sus indicaciones, había una posibilidad de que pudiéramos obtener un resultado - mas no lo prometió.

Su instrucciones fueron: Nosotros teníamos que revestir la pared de fondo de nuestra sala con tela negra, luego, a alguna distancia de la pared de fondo poner un velo de gasa verde claro a través de la sala, de modo que ninguno de nosotros se encontrase entre el velo de gasa y la pared de fondo. Una vez hecho así, a la izquierda de la pieza quedó el escritorio de mi esposa; encima de éste debíamos colocar nuestra lámpara - una lámpara de petróleo con pantalla roja - y por el otro lado del velo de gasa verde, una lámpara con pantalla amarilla; naturalmente ambas lámparas lejos del velo de gasa para que no se prendiese fuego a éste. Las placas tenían que ser reveladas en una cámara oscura, que en lugar de la luz roja utilizada normalmente, tenía que ser iluminada por una lámpara que diera luz verde. Luego nos dió una receta para un baño en el que las placas debían estar durante diez minutos. La composición era así: 8 gotas de ácido fosfórico, 3 gotas de ácido sulfúrico, 1 cucharadita rasa de sal común, ¼ litro de alcohol vínico. Primero había que meter las placas en un baño normal, luego en un baño de la receta ya dada, y por último en un baño fijador.

Los participantes expertos en fotografía pusieron reparos a este procedimiento diciendo: que la luz verde destruiría el revelado, al igual que no confiaban en los ingredientes de los que estaba compuesto el líquido.

Bueno, a pesar de todo nos atrevimos a intentarlo y con gran sorpresa de nuestra parte no ocurrió ningún accidente a causa de los rayos verdes de luz; al contrario, nos pareció a todos que el líquido y

la luz verde hicieron que las fotografías reveladas tuviesen unos contornos más nítidos, pero *no hubo ninguna fotografía de espíritus*.

Lo intentamos una y otra vez, siempre con el mismo resultado negativo. Una vez nos pareció a todos que en una de las placas se vislumbraba el rostro de mi suegro; pero accidentalmente esta placa fue destruída, de modo que no pudimos sacar una reproducción de ella.

Antes de cesar con estos intentos, no obstante tuvimos un caso extraño. En todas las placas se reproducía claramente el escritorio de J., la lámpara y muchas pequeñas cosas; pero en una placa que fue tomada junto con otras cinco (el cargador contenía seis placas), solamente había una reproducción de una fotografía - la de mi suegra - que estaba en la repisa del escritorio: todo lo demás había desaparecido, el escritorio, la lámpara, etc. Esta placa la hemos conservado como algo curioso.

La fotografía no nos llevó pues al resultado deseado; quizás no hemos tenido la suficiente paciencia o ninguno de los presentes poseía las irradiaciones que según mi suegro eran necesarias para eso.

Después de haber celebrado durante algún tiempo sesiones de mesa normales, J. observó que ella a veces, cuando uno de nuestros invitados invisibles con lentitud y dificultad deletreaba una frase, sabía mucho antes, lo que iba a decir. Probó sentarse un poco lejos de la mesa mientras otra persona ocupaba su lugar; mas sucedió lo mismo.

Una noche en la primavera de 1910, en una de nuestras sesiones privadas, por medio de golpes de mesa hablamos con una pariente fallecida a la que J. había tenido mucho afecto. Ella nos habló de su hogar en las esferas, y aquella noche J. sintió aún más claramente, que ella sabía lo que iba a decir. De repente dijo el espíritu que se manifestaba: «*iDilo, tú oyes lo que digo!*»

Al momento J. se quedó algo emocionada por la situación, pero luego repitió rápidamente las palabras que fueron dichas.

Cualquiera puede figurarse la alegría que esto nos causó a mi esposa y a mí. Rápida y fácilmente la conversación llegó a su fin. Pero desde aquella noche, nuestras conversaciones con los habitantes del mundo invisible tuvieron lugar por medio de la clariaudiencia de J. La mesa la utilizábamos solamente para constatar mediante golpes de sí y no, si J. había oído bien y había reproducido correctamente lo oído. Esto constituyó una ayuda invaluable en nuestras sesiones con

los espíritus atados a la Tierra, que ahora directamente podían explicar lo que les remordía.

La Predicción de la enfermedad de mi Cuñado

EN el otoño de 1910, mi hermana, la Sra. Lindahl, decidió trasladarse por un tiempo, a causa de la delicada salud de su hijo, a un pueblo de provincia, mientras su marido se quedaba trabajando aquí.

Durante una sesión nocturna en el mes de octubre (mi cuñado estaba entonces en el extranjero), algunos parientes fallecidos se manifestaron pidiéndole encarecidamente a mi hermana que abandonase su plan, pues esto le perjudicaría tanto a ella como a su marido.

A mi hermana le efectó mucho esta petición, pues tal plan aparentemente sólo podía beneficiar en vez de perjudicar. Y ella se opuso rotundamente a modificar su decisión, a no ser que le explicasen claramente por qué era mejor que desistiera de ello. Entonces se le comunicó que próximamente su marido se pondría enfermo de repente (mi cuñado gozaba de una salud excelente en aquel entonces), la enfermedad sería muy grave y la vida o la muerte dependerían de la presencia de ella.

Esto nos desalentó mucho a todos, y preguntamos cuándo sucedería y pedimos al comunicante que lo escribiera con la mano¹ de J. para que pudiésemos tener una prueba visible del momento de la aparición de la enfermedad. El comunicante escribió lenta y claramente con la mano de mi esposa: «Tres meses es el tiempo». El tipo de enfermedad no fue comunicado; pero nosotros sin embargo conjeturamos que sería una apendicitis, en cuyo caso la vida o la muerte a menudo depende de si el paciente es operado a tiempo.

¹ J. También había intentado con escritura automática. Pero sin embargo no sirvió, pues resultó lento para ella.

Como es lógico, mi hermana estaba muy conmovida y muy apenada por tener que cambiar sus planes; pero no se atrevió a llevar a cabo el plan mencionado.

Cuando su esposo regresó del viaje, ella le habló sobre la advertencia dada y le mostró el papel en donde había sido escrita. No le atribuyó importancia al asunto, él estaba desde luego sano y no contaba con ponerse enfermo. Pero mi hermana no obstante se quedó en casa.

Justamente tres meses después, a principios de enero de 1911, le dió angina seguida de hemorragias renales. Y debido al hecho de que mi hermana estuviese en casa y lo pudiese cuidar adecuadamente, tomando en consideración la encarecida advertencia dada de antemano, debemos suponer que esto fue lo que salvó su vida.

Como mi cuñado desde luego no creyó en la predicción y como se enfermó a causa de una infección, la nerviosidad en este caso no puede desempeñar ningún papel, especialmente porque la angina seguida de hemorragias renales no fue la enfermedad que nosotros y mi hermana habíamos pensado.

¿Cómo se puede explicar esto? Ninguno de los que estaban presentes en la sesión podía saber absolutamente nada de lo que acontecería tres meses más tarde. Cualquiera persona razonable ¿no ha de interpretar lo relatado así: que uno de nuestros parientes (un elevado espíritu de la Luz) conocía el carácter de la inminente enfermedad y que le había sido permitido, mediante su advertencia, impedir una catástrofe que de lo contrario habría tenido lugar? A mí me parece lógico aceptar el hecho: que tras la advertencia estaba una inteligencia espiritual.

Ratifico por la presente que este relato sobre la predicción de mi enfermedad concuerda con la verdad.

Copenhague, 26 de marzo de 1922

K. Lindahl

Confirmo por la presente que lo relatado sobre la predicción de la enfermedad de mi esposo concuerda con la verdad.

Copenhague, 26 de marzo de 1922

Anna Lindahl

El Mensaje

EL 6 de diciembre de 1910 en una de nuestras sesiones nocturnas, tuvimos una experiencia que nos sobrecogió a todos profundamente.

Aquella noche yo era el médium del espíritu Appius Claudius, y mientras estaba escribiendo un poema, el comunicante espiritual hizo una breve pausa, después de lo cual se formó en mis pensamientos la siguiente frase con la rapidez del rayo: «Appius calla, el Augusto que está aquí, silencio me pide»

En realidad, la escribí sin pensarla como una continuación del todavía inconcluso poema; mas al tiempo que yo la escribía dijo J. de repente: «¡Me llaman!», y al terminar de escribir la frase mostré a los participantes del círculo lo escrito, y comprendimos todos que no era una normal o casual interrupción, sino que un ser elevado se había presentado, que él había interrumpido el poema del espíritu Appius Claudius y llamado al mismo tiempo a mi esposa.

Alrededor de la mesa pequeña se sentó J. con dos participantes para, como de costumbre, por medio de los golpes de sí y no, controlar si ella reproducía correctamente lo que era comunicado.

Como ninguno de nosotros había estado preparado para esta visita inesperada de un espíritu desconocido para nosotros, ninguno de los presentes pensó en escribir las palabras que nos llegaron; recordamos la idea de lo que fue dicho, mas no podemos reproducir exactamente las frases en el orden en que fueron formuladas, exceptuando el final que todos recordamos; por eso sólo éste será dado in extenso.

El espíritu que a través de la inspiración por el pensamiento se comunicó con J., se denominó Gabriel, el Mensajero del Señor; luego nos trajo un saludo de Dios añadiendo que hablaba en Su nombre. Nos

pidió que nos mantuviésemos unidos, que no rompiésemos nuestro círculo pues nuestro círculo había sido elegido; que de su seno saldrían grandes cosas. Concluyó con estas palabras: «Tres frutos dorados caerán en tu regazo, Bettina¹, comparte estos frutos con tus semejantes, mas quédate tú misma con las semillas»². Luego se despidió; y hubo un profundo silencio después de sus palabras.

Certificamos por la presente que lo aquí relatado concuerda con lo ocurrido en la reunión mencionada.

Copenhague, 26 de marzo de 1922

M. Danckert

K. Lindahl

Anna Lindahl

En aquel entonces no reinaba plena concordia en nuestro pequeño círculo; algunos de los miembros deseaban celebrar sesiones a oscuras, deseaban ver materializaciones, y que J. hiciese el experimento de actuar como médium en trance. J. constantemente había rechazado estas propuestas, ya que por pura intuición le había repelido este tipo de manifestaciones; mas como siempre la exhortaban a que hiciese estos experimentos, en una de nuestras sesiones privadas se dirigió a su padre rogándole que dijese su opinión sobre esto. El contestó: que ella nunca debía dedicarse a eso, porque, como dijo, ese tipo de manifestaciones eran controladas por los poderes de las Tinieblas, que el médium al caer en trance renunciaba a su propia personalidad favorable así a un espíritu de las Tinieblas, y que un médium que entraba en trance corría el riesgo de prolongadas y malignas posesiones que lo harían totalmente inepto como mediador de los poderes de la Luz.

Después de esta conversación con su padre, J. se aferró aún más a la idea de no aventurarse con ningún tipo de los experimentos antes mencionados.

Las palabras que el Mensajero del Señor nos dirigió aquella noche, fueron por tanto una petición a todos de que nos mantuviésemos

¹ Con éste nombre los comunicantes espirituales denominaban a mi esposa.

² Véase «La Doctrina de la Redención y El Camino más Corto», pág. 44.

unidos y no rompiésemos nuestro círculo a causa de opiniones y deseos divergentes.

Ahora sabemos que sus palabras además predijeron la labor que nos esperaba y cuyos resultados visibles fueron las tres obras por mí publicadas (véase la «Doctrina de la Redención y El Camino más Corto», pág. 44); en aquel entonces no comprendimos lo que quería decir.-

Relatos de Encarnaciones

EN una sesión del círculo a finales de noviembre de 1910, se manifestó un espíritu que se denominó Fatis. El contó que unos cinco mil años antes de Cristo, en Egipto, había vivido él como hijo de un rey; y además, que dos de los participantes presentes habían sido encarnados en aquel entonces como su hijo y su hija respectivamente. Se dirigió después directamente a estas dos personas diciendo que él había pecado en grado sumo contra ellos y que todavía no había obtenido su perdón por estos pecados. Ahora se le había dado permiso para que, relatando lo sucedido en aquellos tiempos tan remotos, intentase obtener el perdón deseado.

Empleando un lenguaje muy bonito y pintoresco habló de su vida y la de ellos en el país a orillas del Nilo. Con conmovedoras palabras de solicitud de perdón, terminó su relato.

En aquella ocasión nadie pensó en escribir lo que fue comunicado; nadie estaba preparado, por supuesto, para su venida. Pero como todos estábamos muy conmovidos por el relato tan bellamente formulado, le preguntamos si podría repetirlo para que nosotros pudiéramos escribirlo. Prometió cumplir nuestro deseo, pero nos pidió, pensando en J. que estaba cansada de repetir frase tras frase de su relato, posponer la escritura para la próxima reunión.

Y Fatis cumplió su promesa. En la siguiente sesión nocturna nos volvieron a llegar las bellas y pintorescas palabras, y unos de los participantes escribieron todo el relato lo más rápido que pudieron; a nuestro parecer era una repetición exacta de su primer relato. (Este relato de encarnación se halla impreso en «El Buscador de la verdad», en el fascículo de enero de 1911).

En la siguiente reunión se manifestó un espíritu desconocido que se denominó Khärru; él había sido el hermano de Fatis durante la encar-

nación de éste en Egipto, y Khārru había sido entonces Faraón. Dijo que relataría un acontecimiento de una civilización desaparecida hace mucho tiempo, en la que él, Fatis, y los dos participantes de la sesión antes mencionados, habían estado encarnados al mismo tiempo. Esta civilización precedió a la civilización egipcia posterior (Véase «Peregrinad hacia la Luz», pág. 236).

Escarmentados por las experiencias anteriores, pedimos permiso para escribir su relato lo que nos fue concedido de inmediato.

Entonces Khārru relató, igualmente con pablabras pintorescas, la catástrofe (una erupción volcánica) que destruyó aquella antigua civilización y la eliminó por completo. (Este relato se halla impreso en «El Buscador de la verdad», fascículo de febrero de 1911).

Al día siguiente de haber recibido el relato de Khārru, se manifestó el espíritu Fatis con la propuesta de darnos algunos dibujos de dioses provenientes de la civilización desaparecida; esta propuesta la acogimos agradecidos.

Tras varios intentos preparatorios, con la mano de J. dibujó cuatro figuras de dioses y un signo que representaba la deidad suprema. El signo era un triángulo grande rodeado de lenguas de fuego; dentro del triángulo grande fueron dibujados unos menores que habían de simbolizar los ojos-estrellas omnividentes del dios. A J. le pareció conocida una figura de un dios representando a una mujer sentada, con una cobra en una mano y un abanico en la otra, y sobre la cabeza una especie de trono adornado con una media luna; las demás en cambio, le fueron totalmente desconocidas. Todas parecían semejar a figuras egipcias, pero las líneas no tenían la rigidez de las egipcias. Debido a la enfermedad de J. no obtuvimos los dibujos definitivos sino hasta algún tiempo después de los intentos preparativos.

Estas figuras se hallan igualmente reproducidas en el fascículo «El Buscador de la verdad» de febrero de 1911, acompañadas de una explicación de cómo surgieron. Las hemos enseñado a mucha gente, mas aún no nos ha sido posible saber si se han encontrado figuras o imágenes correspondientes a estos dibujos; tal vez sean encontradas algún día en el futuro.

Un señor entre nuestro círculo de conocidos estaba convencido de haber visto por lo menos una de ellas, una figura mitad león, mitad antropomorfa, en cuyo tocado había un cráter grande y otro menor

que arrojaba fuego, en tanto que de la boca de la figura salía una lengua de fuego. Pero a la afirmación de este señor se opone lo siguiente: En la primavera de 1916, mi esposa fue visitada por una señora noruega egiptóloga, y ella aseguró no haber visto *nunca* reproducciones de dibujos ni figuras iguales a éstas imágenes; sin embargo, admitió la posibilidad de que fuesen modelos o precedentes del arte egipcio.

El futuro probablemente de alguna manera arrojará luz sobre esta cuestión.

En nuestra sesión de círculo celebrada uno de los últimos días de diciembre de 1910, nos habló un espíritu de nombre Muribad; era el espíritu custodio de uno de los participantes, lo que nos había sido comunicado en una sesión anterior.

Se dirigió directamente a uno de los miembros masculinos del círculo diciendo que ellos dos, unos 1000 años antes de Cristo, se habían conocido en el norte de la India, y que él desde aquel entonces infructuosamente había tratado de obtener el perdón por lo que en esa ocasión había pecado contra el otro. Quería dar a continuación una descripción de lo que ocurrió esa vez; llegó con el permiso del Supremo para de esta forma tratar de obtener el perdón que anhelaba.

También a él le preguntamos si podíamos escribir sus palabras; notamos en seguida que la pregunta le hizo sentirse incómodo y vaciló en dar la respuesta. Dijo: Que para él era un momento tan solemne, que no podía imaginarse, que sus palabras debieran escribirse mientras hablaba – pero que, si lograba su objetivo, intentaría repetir su relato en una sesión posterior.

Dadas las circunstancias, el relato de Muribad nos impresionó aún más a los presentes; empleando un lenguaje bellissimo, con imágenes pintorescas, nos habló de la tragedia acaecida tanto tiempo atrás. El participante a quien Muribad se dirigía, naturalmente no recordaba *nada* de aquella tragedia; mas como no sintió ninguna ira contra el comunicante, pensó que eso debería ser prueba de que en realidad había perdonado o que podría perdonar cuando se encontrasen en el más allá. Al parecer Muribad se sintió satisfecho con esta declaración; de todos modos prometió repetir sus palabras posteriormente.

Mas no pudo cumplir su promesa hasta el 14 de febrero de 1911; la enfermedad de mi cuñado que ocurrió poco después de que Muribad diera su relato por primera vez, impidió durante algún tiempo nuestras sesiones.

Cuando reanudamos las sesiones de círculo, nos figuramos la posibilidad de que Muribad no pudiera cumplir su promesa; habiendo pasado tanto tiempo, probablemente le sería difícil repetir su relato con las mismas palabras y el mismo estilo. Pero aparentemente lo repitió igual que antes; sólo que a algunos de nosotros nos pareció, que de cierto modo fue más somero al relatar el suceso trágico al final de su relato; la primera vez éste fue relatado tal vez con palabras más vehementes, más ilustrativo, en tanto que ahora más bien atenuó la lugubridad de la última imagen.

Sobre todo a mi cuñado, el odontólogo Lindahl, le interesó saber hasta qué punto la repetición de Muribad era idéntica a su primer relato; tomó el manuscrito y preguntó a Muribad si éste estaba en condiciones de continuar con cualquiera de las frases escritas si mi cuñado le indicaba las primeras palabras. Muribad contestó que lo intentaría. Mi cuñado escogió entonces una frase en medio del relato, dijo las primeras palabras, y Muribad continuó citando un largo párrafo, mientras mi esposa como de costumbre repetía palabra por palabra que el huésped invisible le decía. La continuación del párrafo hecha por Muribad fue exacta a la escrita.

El experimento fue repetidos varias veces. Muribad siguió repitiendo exactamente lo que estaba en el manuscrito que mi cuñado tenía en la mano y seguía frase por frase. Una hazaña que suscitó el asombro de todos.

Certificamos por la presente que el experimento de control del relato de Muribad tuvo lugar tal como aquí se informa.

Copenhague, 26 de marzo de 1922

M. Danckert

K. Lindahl

Anna Lindahl

En el siguiente capítulo trato de nuevo el relato de Muribad; el lector lo encontrará reproducido tal como nos sonó aquella noche.

Si se compara el lenguaje de estos relatos de encarnaciones, que quizás un día serán publicados en un compendio junto con un cuarto (de la antigua Asiria), que al no estar impreso no ha sido por eso mencionado aquí, a primera vista sorprende por la uniformidad del lenguaje antiguo tan inmensamente diferente a nuestro lenguaje actual; mas, al estudiarlos más detenidamente, la sorpresa no es menor al apreciar la diferencia que muestran las diferentes culturas y los diferentes niveles culturales; sobre todo, el observador atento encontrará una gran desigualdad entre el ritmo bastante rígido y el vocabulario de Khārru y el lenguaje florido y muy melodioso de Muribad.-

El Relato de la Encarnación Índica¹

Una escena en un templo de la antigua India

TRES MIL AÑOS antes de vuestros días vivió Muribad en el Templo de Brahma.

El Templo se erguía donde se unen las aguas sagradas del Ganges y el Brahmaputra.

Espléndido era el Templo de Brahma.

Multicolores figuras adornaban la vivienda de Brahma, figuras talladas en madera y hueso.

Doradas y resplandecientes joyas, claras y luminosas piedras preciosas incrustadas en los cuerpos de las figuras.

En el interior del Templo hallábanse inmensas naves separadas por columnas, hallábanse muchas pequeñas recámaras cubiertas por delicados pliegues de gruesos tapices.

Las jóvenes servidoras de Brahma vivían en las pequeñas recámaras del Templo.

Muribad era servidor de Brahma.

Muribad llevaba la blanca vestidura de los brahmanes, el blanco turbante de los brahmanes entrelazado en torno a la atezada frente.

Muribad era bello, Muribad era joven.

La profunda oscuridad del Templo, la austera majestad del Templo oprimían el corazón de Muribad.

La vehemente añoranza de Muribad elevábase hacia el país allende las orillas sagradas del Ganges.

¹ Para que el lector pueda seguir la explicación de los detalles del relato, éste se reproduce aquí omitiendo no obstante un saludo y agradecimiento para J.

La vehemente añoranza de Muribad elevábase muy por encima de las nevadas cimas del Himalaya.

Los sondeadores pensamientos de Muribad fluían con las raudas aguas del Ganges y del Brahmaputra hacia las inmesurables profundidades del mar.

Muribad dirigía los cánticos de las servidoras de Brahma, dirigía sus graciosas danzas.

A la cabeza de la hilera de mujeres hallábase Iriva, la preciosa hija de Muribad.

Quince ardientes veranos iluminaban la resplandeciente antorcha de Visnú sobre la ensortijada cabeza de Iriva.

Desconocida Iriva fue dada al servicio de Brahma.

Sólo los muchos ojos de Brahma seguían a Muribad, el desconocido padre de Iriva.

Muribad era joven.

La profunda oscuridad del Templo, la austera majestad del Templo oprimían el corazón de Muribad.

Muribad amaba.

Muribad amaba a Iriva, la joven servidora de Brahma.

Muribad hallábase en lo alto del Templo.

Muribad vió a muchos hombres ricamente ataviados atravesar la llanura delante del Templo.

Los hombres se detuvieron al pié del Templo.

A la cabeza hallábase Iffisus, alto y digno.

Los blancos pliegues de la capa cubrían su noble cuerpo.

Doradas joyas bordeaban su cuello, bordeaban su atezada frente.

La mirada de Iffisus era afectuosa.

El rostro de Iffisus era noble.

Iffisus inclinóse. Iffisus habló:

«Iffisus viene del país allende el mar que recibe las raudas aguas del Ganges y del Brahmaputra.

El padre de Iffisus es príncipe.

La ira de Brahma reposa sobre el padre de Iffisus.

Por muchos penosos caminos anduvo Iffisus hasta el Templo de Brahma.

Iffisus prometió llevar al príncipe agua del sagrado río Ganges.
Iffisus prometió apaciguar la ira de Brahma».

Muribad alzó las manos.

Muribad habló:

«¡Iffisus!» Muribad te trae el saludo de Brahma.

El ser de Brahma, el ser de Brahma se hallan en tí.

El espíritu de Brahma está unido a tu espíritu.

El cuerpo de Brahma está unido a tu cuerpo.

El aliento vivificador de Brahma está insuflado en el más mínimo átomo de tu cuerpo.

Brahma vive, Brahma vive en tí.

Iffisus, ¡inclínate ante Brahma!»

Muribad señaló hacia el Templo.

Iffisus ascendió por los peldaños al interior del Templo.

Muribad acompañó a Iffisus hasta la estatua multicabeza de Brahma.

Iffisus inclinóse ante Brahma.

Brahma prometió apaciguar su ira.

Muribad acompañó a Iffisus a las naves del Templo separadas por columnas, hasta las muchas pequeñas recámaras del Templo.

Iffisus vió la juvenil hermosura de las servidoras de Brahma.

Iffisus deseó ver la danza de las mujeres.

Muribad llamó.

Las servidoras de Brahma reuniéronse en la inmensa nave del Templo separada por columnas.

Los cuerpos de las mujeres hallábanse desnudos.

Dorados aros ceñíanse a los frágiles tobillos, dorados aros ceñíanse a los delicados brazos.

Anchas y doradas cintas soportaban la arqueada bóveda del seno.

El blanco loto del Ganges coronaba los ensortijados cabellos de las mujeres.

Los pliegues verdes del velo no ocultaban la belleza de los cuerpos; no ocultaban los oscuros fulgores de los ojos.

A la cabeza de las hileras de mujeres hallábase Iriwa, la preciosa hija de Muribad.

Muribad alzó la mano.

Los tonos seductores y cautivadores del canto ascendían hacia la bóveda del Templo.

Levantábanse los velos, bajábanse los velos, los pies elevábanse del empedrado pavimento de la nave.

Los cuerpos cimbraban suavemente al vaivén de los tonos.

Los ansiosos ojos de Muribad seguían la danza cimbrante de Iriwa.

Los afinados oídos de Muribad seguían el seductor canto de Iriwa.

Los radiantes ojos de Iriwa descansaban en el noble rostro de Iffisus.

Muribad palideció.

Crispáronse las manos de Muribad.

Muribad vigilaba a Iffisus.

El sonido seductor, cautivador de los tonos ascendía hacia la bóveda del Templo.

Levantábanse los velos, bajábanse los velos, elevábanse los piés del empedrado pavimento de la nave.

Los cuerpos cimbraban frenéticamente más y más, los cuerpos cimbraban suavemente al vaivén de los tonos.

Muribad vigilaba a Iffisus.

Iffisus acercóse.

Muribad llamó.

Enmudeció el canto.

Detuviéronse las mujeres.

Iriwa hallóse delante de Iffisus.

Muribad habló: «La danza ha terminado. Las servidoras de Brahma retíranse a sus recámaras».

Tras las columnas desaparecieron las mujeres.

Sola hallóse Iriwa.

La mano de Iffisus posóse amorosamente sobre la cabeza inclinada de Irivera.

Iffisus buscó los radiantes ojos de Irivera.

Iffisus alzó la frágil mano de Irivera.

Muribad acercóse.

Iffisus habló:

«¡Irivera parte para el país de Iffisus!

¡Irivera sigue a Iffisus!

¡Iffisus ama a Irivera!»

Muribad estremecióse,

Muribad habló:

«Irivera jamás parte para el país de Iffisus.

Irivera jamás abandona el Templo de Brahma.

La servidora de Brahma retírase a su recámara».

Irivera alzó altiva la cabeza inclinada.

Los ojos de Irivera enviaron relámpagos de ira de Indra al pálido rostro de Muribad.

Irivera dióle la espalda.

Irivera inclinóse ante Iffisus.

Irivera habló:

«¡Iffisus! Irivera danza para ti.

Irivera canta para tí».

El llamado seductor y cautivador de los tonos fluía hacia Iffisus.

Levantóse el velo, bajóse el velo, eleváronse los piés del empedrado pavimento de la nave.

El cuerpo cimbraba suavemente al vaivén de los tonos.

Muribad vigilaba a Iffisus.

La mirada de Iffisus sondeaba la belleza, seguía la cimbrante danza de Irivera.

Los afinados oídos de Iffisus seguían el seductor canto de Irivera.

Los seductores y cautivadores tonos del canto fluían hacia Iffisus.

Levantóse el velo, bajóse el velo, eleváronse los piés del empedrado pavimento de la nave.

El cuerpo cimbraba frenéticamente más y más; el cuerpo cimbreaba suavemente al vaivén de los tonos.

Muribad vigilaba a Iffisus.

Iffisus acercóse.

Iriva arrojó los verdes pliegues del velo sobre el pavimento empedrado de la nave.

Iriva detúvose.

Iriva arrodillóse.

Iriva alzó las manos hacia Iffisus.

Los radiantes ojos de Iriva posáronse en el rostro de Iffisus.

Irina habló:

«¡Iffisus! Iriva ha danzado para ti, Iriva ha cantado para ti.

Iriva sigue a Iffisus a su país.

Iriva ama a Iffisus!».

Iffisus inclinóse amoroso hacia los brazos alzados de Iriva.

Entonces encendióse la ira furiosa de Indra en el estremecido corazón de Muribad.

Muribad lanzóse sobre Iffisus.

Las manos de Muribad estrujaron el cuerpo de Iffisus, oprimieron el cuello de Iffisus.

Iffisus tambaleóse, Iffisus cayó.

Brahma retiró su aliento vivificador del cuerpo de Iffisus.

Los ojos desorbitados de Muribad vieron el cuerpo estremecido de Iriva, vieron las manos alzadas de Iriva, vieron el tremendo pavor de Iriva.

Muribad lanzóse sobre Iriva.

Salvajemente Muribad estrujó el estremecido cuerpo de Iriva.

Muribad truncó la bella flor de Iriva.

El opresor abrazo de Muribad astilló el joven corazón de Iriva.

Brahma retiró su aliento vivificador del cuerpo de Iriva.

Muribad volvió en sí.

Muribad vió a Iffisus.

Muribad vió a Iriva.

Un profundo horror de remordimiento encendióse en el corazón de Muribad.

Muribad levantó en vilo a Irivera con sus fuertes brazos.
 Muribad subió los altos peldaños del Templo hasta su pináculo.
 Muribad arrojóse con Irivera a la profundidad de las raudas aguas del Ganges.

Brahma retiró su aliento vivificador del cuerpo de Muribad.

Muribad despertó en la celestial altura de Brahma.

Brahma juzgólo.

La sentencia de Muribad fue severa:

«Muribad tomó la vida de Iffisus; ¡Muribad, acompaña y custodia a Iffisus, síguelo hasta que Iffisus perdone!».

Muribad obedeció.

Durante miles de años Muribad siguió las cambiantes vidas terrestres de Iffisus.

Cuando Muribad e Iffisus encontráronse en el alto cielo de Brahma, Muribad tendióle la mano a Iffisus, Muribad pidió perdón a Iffisus.

Iffisus dióle la esplada:

«¡Iffisus jamás perdonará!».

Hace miles de años Muribad obtuvo el afectuoso perdón de Irivera.

Irivera elevóse a las desconocidas moradas de Brahma.

Iffisus, ¡sigue el ejemplo de Irivera!

Iffisus, has retardado tu camino hacia las resplandecientes alturas, el odio te ata.

Iffisus, ¡sigue el ejemplo de Irivera!

Transcurrieron miles de años.

Transcurrieron miles de años desde el día en que Iffisus y Muribad encontráronse en las orillas sagradas del Ganges.

Aún siguen uniéndose las raudas aguas del Ganges y del Brahmaputra allí donde se erguía el Templo.

Así como las ocultas fuentes del Himalaya eternamente renuevan las aguas sagradas del Ganges, así Brahma eternamente renueva los muchos días de los años, de las ocultas fuentes de la Gracia.

Aún fluyen las raudas aguas del Ganges y del Brahmaputra hacia las inmesurables profundidades del mar.

Aún fluyen los muchos días de los años hacia las inmesurables aguas del éter.

Aún Muribad no ha logrado el pleno perdón de Iffisus.
Iffisus, ¡perdona!

Poco después de yo haber publicado en 1915, «Saludo a Dinamarca», me visitó un científico inglés llamado Mr. Havell que durante varios años había vivido en la India y que tenía conocimientos de la literatura y el arte de la antigua India. Como Mr. Havell estaba interesado en los fenómenos ocultos, cuando vió los ya mencionados dibujos preegipcios, preguntó si por la vía oculta no habíamos recibido algo relacionado con la India.

Le dimos un ejemplar del fascículo de «El Buscador de la verdad» en donde estaba publicado el relato de la encarnación índica. Al parecer despertó en seguida el interés de Mr. Hevell, pero no se determinó concretamente.

Unos días después regresó Mr. Havell para decirnos que lo había estudiado minuciosamente, y que estaba muy sorprendido por lo «índico» que era todo su estilo y modo de expresión. Dirigiéndose a mi esposa, le dijo: «Aunque usted hubiera leído todas mis obras sobre la India, no hubiera estado en condiciones, sin embargo, de escribir esto; fuera de la India nunca he encontrado una literatura que fuese tan «índica».

Luego Mr. Havell repasó los pormenores del contenido con nosotros:

1) Las estrofas daban una buena impresión de los antiguos cantos sánscritos utilizados por los sacerdotes de Brahma.

2) Los hindúes consideran sagrado el triángulo de terreno formado por la confluencia de los dos ríos. Por tanto el lugar en donde el río sagrado Ganges se unía con el Brahmaputra, debía ser especialmente sagrado.

3) Se sabía que en muy remotos tiempos desaparecidos un templo hindú había estado situado en el lugar indicado en el relato.

4) En la mitología índica se habla de Ira, una danzarina celestial, que danza para los dioses. El nombre de la joven danzarina del Templo, Iriwa, es una derivación correcta de la palabra sánscrita Ira.

5) El nombre Iffisus (o más correctamente Iffisos, pues probablemente era griego) remitía a que, el joven hijo de príncipe, que «venía del país allende el mar que recibe las raudas aguas del Ganges y del Brahmaputra», provenía de Lidia en el Asia Menor, que en la época indicada en el relato, supuestamente tenía tratos comerciales con el norte de Indostán. (Unos días más tarde en una carta de Mr. Havell, nos informó sobre un hallazgo de monedas de Lidia, en el norte de la India, pero que databan aproximadamente del año 700 a. J.C., es decir, 200 años después del período en que tuvo lugar el relato).

6) El modo de saludo de Muribad al joven hijo de príncipe concuerda con la antigua mentalidad religiosa brahmánica.

7) La descripción de la danza de las mujeres, sus velos verdes, sus brazaletes dorados y aros en los tobillos, es correcta.

8) Como Brahma es el Creador, la frase: «Brahma retiró su aliento vivificador del cuerpo de Iffisus», reproduce acertadamente las ideas índicas sobre este tema.

9) La frase: «Aún fluyen los muchos días de los años hacia las inmensurables aguas del éter», remitía a la antigua idea índica de que el éter era un mar blanco leche, al cual fluían y en el cual eran asimilados los días y los años.

Todo esto que nos dijo Mr. Havell era totalmente desconocido para mi esposa y para mí, y naturalmente nos interesó muchísimo pues confirmaba que la inteligencia espiritual que había dado el relato provenía realmente de la India.

En cambio, a Mr. Havell le contrariaba mucho el nombre «Muribad», pues como dije, era un nombre desconocido en sánscrito y no había tampoco ninguna palabra sánscrita de la que pudiera derivar. Mi esposa recordaba claramente que cuando el espíritu dió su nombre, ella exclamó: «No lo puedo pronunciar como tú; ¿que te parece si te llamo Muribad?, se parece a lo que tú dices». A lo que él respondió: ¡Sí! - Por eso no nos habíamos preocupado de corregir su nombre.

Por deseo de Mr. H. nos volvimos a dirigir al espíritu solicitando que nos diese más informaciones y que si era posible nos diese su nombre deletreado en sánscrito. El espíritu contestó que estaba dispuesto a darnos el nombre en escritura fonética, pero que no podría escribirlo en sánscrito. La pronunciación fue dada así: M^hurivāth.

Mr. H. todavía no estaba del todo satisfecho con el resultado, pues afirmaba que la agrupación M^hu no existía en sánscrito, si bien el nombre por lo demás era correcto. Sin embargo, el espíritu se sostuvo en que delante de la u había un sonido j - aunque muy débil.

Posteriormente, Mr. Havell nos comunicó: que por un bien conocido sanscritista inglés le fue informado, que en el tiempo en que se supone Muribad vivió, el sánscrito no era una lengua escrita: por eso el nombre del brahmán no pudo ser dado en signos sánscritos.

Cuando el espíritu nos dió el nombre empleando la escritura fonética, en seguida mencionó que todavía se hallaban restos del antiguo templo en el lugar de confluencia del Ganges y el Brahmaputra; hizo especial mención a unos escalones en las profundidades del río.

Nosotros le transmitimos esta información a Mr. H., quien contestó que él creía recordar haber visto en el lugar citado un peldaño de piedra bajo el agua. Muchas veces él había pasado navegando por el lugar, pero nunca se había detenido allí.

Certifico por la presente que los puntos mencionados concernientes al relato de Muribad están referidos de conformidad con lo que yo he comunicado al Sr. y a la Sra. Agerskov.

02.02.1922

E.B. Havell

Los Poderes de la Luz y de las Tinieblas

EN las sesiones de mesa organizadas después de habernos puesto en contacto con mi suegro, el espíritu custodio de J. era el llamado «guía espiritual». Mi suegro estaba presente como el representante de los poderes de la Luz y siempre trató, con la ayuda de sus compañeros, de formar un círculo en torno a J. durante las sesiones con el fin, en la medida de lo posible, de mantener a los poderes de las Tinieblas alejados para que no se inmiscuyesen en lo que allí tenía lugar y para impedir que se apoderasen del control, convirtiéndose en los guías.

Como ya se ha dicho en «Peregrinad hacia la Luz» (pág. 281, párrafo 4), grandes turbas de espíritus atados a la Tierra se agrupaban en los lugares en donde los espíritus de la Luz buscaban contacto con seres humanos. Muchos de estos desdichados seres fueron atraídos a los círculos de sesiones celebradas por todo el mundo esperando que los seres humanos, mediante una intercesión afectuosa, quisieran liberarlos de su espantosa existencia. Muchos se presentaron sólo para hacer jugarretas, para desencaminar, y muchos seres malévolos se presentaron exclusivamente para hacer daño.

A causa de la inmensa cantidad de espíritus atados a la Tierra, los representantes de la Luz siempre estaban en minoría; por eso en las sesiones, el triunfo de los poderes de la Luz o de las Tinieblas dependió ante todo del hábito *moral* del médium.

Según mi suegro, siempre era sumamente difícil guiar nuestras sesiones porque los representantes de las Tinieblas sabían lo que estaba en juego. Si se conseguía guiar a J. y obviar todos los escollos, de modo que se convirtiese de verdad en el mediador buscado por los

espíritus de la Luz, entonces el poder que tenían las Tinieblas sobre los seres humanos sería roto y finalmente destruido del todo.

En aquel entonces nada sabíamos de la lucha que libraban estos seres invisibles para nosotros; pero con el paso del tiempo la sentimos de muy diferentes formas. Hubo un período en que nos producía un gran asombro ver, que mucho de lo que mi suegro nos comunicaba en nuestras sesiones privadas, al revisarlo con detenimiento resultaba ser inexacto o engañoso. Al mismo tiempo J. se lamentaba de que no podía comprender por qué a veces tenía una sensación de malestar, cuando su padre se manifestaba en las sesiones; sentía como si se alzara un muro de hielo entre ellos, o sentía una vehemente ira, cuya causa desconocía.

Durante largo tiempo tuvimos por lo tanto un montón de experiencias desagradables, aunque a su vez experimentamos mucha belleza y verdad. Así pasó también con nuestras sesiones de círculo, pero no tan acentuadamente como en las privadas. Sin embargo, quiero exponer aquí algunos casos.

Es muy natural desde luego, que los ya mencionados relatos de encarnaciones suscitaban en los participantes del círculo, el interés por sus anteriores vidas terrestres; cantidad de preguntas al respecto fueron hechas a los huéspedes invisibles. Las preguntas fueron siempre contestadas sin dilación; mas a J. le desagradaba estas preguntas porque lógicamente nunca podía ser controlado si lo que se afirmaba era verdad o no.

En una ocasión en que se le indicó a un pariente una encarnación tan próxima a nuestros días que podía ser controlada indagando en los lugares indicados, acordamos hacer una prueba para ratificar su veracidad. Mi hermana, la Sra. L. se encargó de indagar el asunto. Pero todas sus pesquisas fueron nulas. *Nada* de lo que había sido comunicado resultó coincidir con la verdad. Entonces desistimos de hacer preguntas relativas a encarnaciones.

En otra ocasión se manifestó un espíritu indígena, un antiguo inca; nos dió un vivo y muy fantástico relato de la vida en Marte. Habló de la elevada cultura de los habitantes, etc. Al hacerle yo una pregunta relativa a los intervalos musicales de la música de Marte, pareció desconcertarse por un momento; pero poco después respondió: «Están de canto». Innegablemente la respuesta nos dejó pasmados,

por supuesto esta evidente majadería nos hizo reír y a continuación le pedimos que desapareciese; ya habíamos tenido suficiente.

Igualmente aconteció que antes del sorteo de la lotería, fuimos informados sobre premios de mayor o menor cuantía. Pero como ya hemos contado, habíamos tenido una experiencia espontánea con un premio de lotería, al principio creímos entusiasmados en la verdad de lo que nos habían dicho. Mas quedamos debidamente escarmentados por lo engañoso de estas predicciones.

En resumen, mi esposa empezaba a cansarse de tener un día experiencias que rebosaban de verdad y al otro, recibir comunicados bastantes deprimentes; ella decía a menudo: No comprendo la correlación de esto, ¡hay algo que no encaja aquí en absoluto! Si le preguntábamos a mi suegro, éste contestaba siempre que nosotros estábamos rodeados por seres malignos; pero que nosotros mismos deberíamos tratar de comprender lo que sucedía.

Entonces, todo culminó en una ocasión determinada, y después nos desembarazamos de estos comunicados poco fiables. Un día que J. estaba sola se manifestó su padre diciéndole que deseaba su ayuda; si ella quería escuchar atentamente, entonces él le explicaría lo que él deseaba que hiciera. El le habló de varias personas diferentes que durante su última vida terrestre habían tenido dos personalidades. Los espíritus de estas personas no estaban atados a la Tierra, vivían en sus hogares de las esferas pero se sentían siempre abrumados por el recuerdo de su falsedad en su vida terrestre, ya que sus parientes y amigos tenían un concepto equivocado y falso de su fuero interior. A continuación empezó a dar detalles sobre cada uno conforme los nombraba, y pidió a J. si ella quería interceder por ellos para que pudieran distanciarse de sí estos recuerdos abrumadores; pues ellos ahora a través de él, al menos ante una persona, habían reconocido su desafortunada conducta. J. prometió hacerlo, pero le pidió a su padre que estuviera presente pues le era imposible recordar sus nombres o los pormenores respecto a cada uno.

Cuando había llegado el momento en que J. iba a interceder por ellos, y ella sentía a su padre cerca de sí, oyó de repente que él decía alzando mucho la voz: «¡Todo lo que he dicho, es mentira!»

Lógicamente, J. se quedó bastante confundida un momento mientras pensaba: ¡A qué viene todo esto! En eso oyó una bella y grave voz que decía: «¡Una oración nunca está demás!» Sí, pensó ella, ¡es

verdad! ¡Es imposible saber si estos seres han actuado tal como se me ha dicho, pero si han obrado así, entonces yo puedo hacerles un daño infinito no orando por ellos! Y luego oró por todos ellos; ella oyó a su padre repetir sus nombres y de lo que se trataba en cada caso en particular. Y de inmediato oyó la misma voz bella y grave que decía: ¡Todo está perdonado, todo está borrado!

Cualquiera podrá comprender que esta experiencia que J. me contó a la mañana siguiente, tenía que impresionarnos profundamente. En la siguiente sesión privada le preguntamos a mi suegro cuál fue el motivo por el cual había dicho (pues J. creía que era él) que sus comunicados eran mentira. Mi suegro contestó: que no se lo podía explicar, ella misma debía averiguar lo que había pasado; pero él quería poner de manifiesto su alegría de que ella, a pesar de la exclamación, hubiese seguido el camino debido. Hablamos largo y tendido con él, y trató de animarnos y de fortalecer nuestra confianza en él y en Dios.

Cuando nuestra sesión hubo concluído y después de haber hablado un poco entre nosotros, al parecer, mi suegro llamó de nuevo a J. para decirle algo. Ella no repitió lo dicho como solía hacer, sino que se quedó un momento silenciosa; de repente ví que palideció y al mismo tiempo dió un fuerte golpe sobre la mesa exclamando: No quiero oír más esa mentira - si *en nombre de Dios* puedes repetir lo que dijiste, entonces te creeré, de lo contrario idesaparece - y no vuelvas más aquí!

Esperamos un rato, pero la mesa se mantenía quieta, y las palabras no fueron repetidas. Mas, poco después élla escuchó a su padre decir: ¡Te voy a explicar lo que ha sucedido! Y como J. sintió una indecible alegría por la cercanía de este espíritu, accedió sin dilación y mi suegro - esta vez sí era él - explicó: Que la persona que deseara ser mediador entre el mundo de la Luz y los seres humanos, debía aprender, desde lo más profundo de su yo, a discernir claramente entre los poderes de la Luz y los de las Tinieblas. De nada hubiera servido si él siempre le hubiera dicho: ahora estás ante un espíritu de las Tinieblas, ahora ante un espíritu de la Luz, pues entonces nunca habría aprendido a discernir por sí misma. Le explicó que su amor por él y su confianza en su honestidad, le había proporcionado el triunfo. Y explicó que durante mucho tiempo, un espíritu de las Tinieblas había intentado imitar su voz y su modo de hablar, y que

ella había sentido el engaño pero sin darse cuenta no obstante de lo que sucedía. Pero en el momento en que su amor por la verdad se irguió contra la mentira dicha, y ella con firme voluntad exigió que repitiera lo dicho en nombre de Dios, el poder de este espíritu maligno sobre ella se había venido abajo y en el futuro estaría libre de sus intromisiones.

Desde aquel momento mi esposa fue guiada a paso lento, pero seguro, por los senderos de la gran labor que nos esperaba a ella y a mí. Ella se dejó guiar por los poderes invisibles de la Luz, sin tener la más remota sospecha a dónde la conducían ni lo que se le exigiría.-

Cristo

AHORA voy a remontarme al invierno de 1910 y relatar un acontecimiento que tuvo lugar en aquel entonces.

En una sesión fue indicado el tema «la eternidad» y decidido que aquellos de los huéspedes invisibles que quisieran y pudieran, «escribieran» sobre esto. Siendo yo el médium, surgieron tres poemas muy diferentes. Cuando ya estaba escrito el tercero, fue preguntado, si todavía había alguien que deseaba decir su opinión. Pasado un momento, se deslizó esta frase en mi pensamiento: «Explicar el problema de la eternidad a los seres humanos, es igual de imposible como explicar la fuerza de vapor a un perro»; luego, clara y nítidamente estuvo en mi pensamiento el nombre de *Jesús*.

Mi cuñada, la Sra. D., creía que era imposible que Jesús estuviera allí; pero partiendo de sus conocimientos sobre la opinión de los espiritistas relativa a esto, explicó que había un círculo de espíritus elevados que se denominaban El Círculo de Jesús o Cristo, que éstos a menudo traían mensajes de él, pero que nunca se manifestaba él mismo. Yo sostuve en cambio, que nadie tenía *derecho* de emplear *su nombre* sin advertir al mismo tiempo, que sólo era un comunicado *traído en su nombre*. Cuando preguntamos al guía espiritual, la respuesta fue: que Jesús mismo era el autor de lo escrito. Sin embargo en el círculo no se había podido llegar a un acuerdo, por lo que dejamos el asunto en suspenso sin hacer más preguntas.

Aproximadamente un año después, en la primavera de 1911, una noche yo estaba leyendo el Nuevo Testamento; mis ojos tropezaron con una frase que yo conocía bien, pero en aquel momento me pareció imposible que Jesús se hubiera pronunciado así. Entonces dije dirigiéndome a mi esposa: «Me gustaría saber de verdad lo que Jesús quiso decir con estas palabras». J. contestó: «Bueno, me dicen que lo

puedes saber». Entonces nos sentamos en la posición de sesión en torno a nuestra mesita y nos comunicamos en seguida con aquél que le había hablado a J. Se denominó Cristo, habló con una serena auto-ridad sobre la pregunta hecha, mostró cómo habían sido tergiver-sadas las palabras, pero que la esencia provenía de él.

Cuando hubo hablado, nos preguntó si nosotros queríamos confiar en su aserción; en cuyo caso, nos ampararía y apoyaría; pero debí-amos contestarle desde lo más profundo de nuestros sentimientos, convencidos de que él en verdad era Cristo¹. Le dije que según la opinión de los espiritistas, Cristo no se dirigía así a los seres huma-nos, sino que hablaba a través de espíritus elevados. A esto contestó²: que él no podía tomar en consideración lo que los seres humanos creyeran que hacía; él se atenía sólo a aquello que su y nuestro Dios y Padre le había encargado³ hacer.

Mi esposa y yo nos sentimos convencidos de la verdad de sus pala-bras, y así se lo dijimos. El contestó: que entonces debíamos mostrar-lo en nuestros actos. Preguntamos si era él el que en aquel entonces me había dado la antes mencionada frase concerniente a la eternidad. Esto lo confirmó rotundamente.

Algunos días después, en nuestra sesión de círculo, regresó él y se dirigió por medio J. a los miembros del círculo; dijo que deseaba hablarnos; mas no quería decir quién era; por sus palabras lo conoce-ríamos. Después nos dió la parábola «Los Dos Hermanos»; (incluída en «Peregrinad hacia la Luz», pág. 169).

Al terminar de relatar la parábola, nos llegó la pregunta: «¿Sabéis ahora quién soy yo?» Yo contesté: «Tú eres Cristo». Y a esto se sumaron los miembros del círculo. Luego, empleando bellísimas palabras, en nombre de Dios nos bendijo y nuestra labor. No se hasta qué punto algunos de los miembros dudaron de su aserción; mi esposa y yo estábamos convencidos de la verdad de la misma, y eso era lo más importante.

Anteriormente mi suegro nos había comunicado que los espíritus de la Luz *no hablaban* a J., sino que *pensaban* aquello que deseaban que

¹ En «Peregrinad hacia la Luz», págs. 118-25 se halla una explicación sobre por qué Cristo podía manifestarse en las sesiones.

² Dado que la conversación no quedó escrita, sólo puedo reproducir el contenido principal de ella.

³ Véase «Peregrinad hacia la Luz», pág. 119.

ella dijera. Los pensamientos pasaban a través del cerebro de ella, y cuanto más pasivo ella pudiera hacer su Yo, tanto más fácil era para ellos hacer que sus pensamientos pasasen exactos. J. misma podía claramente sentir la diferencia cuando se hablaba y cuando le eran dados pensamientos desconocidos. Algunos de los espíritus elevados pensaban tan agudo que ella recibía los pensamientos no sólo como pensamientos sino que además los oía como palabras. Especialmente esto acontecía cuando Jesús se manifestaba. Por eso, durante sus manifestaciones J. hablaba bastante rápido y con mucha fluidez; durante las manifestaciones de otros espíritus, la reproducción de lo pensado o dicho podía resultar algo discontinuada, una veces más rápida, otras más lenta. También por esta razón nos percatamos de que debía ser un espíritu muy elevado el que nos había dado la parábola de «Los Dos Hermanos»; y supimos con absoluta certeza esto: que un elevado espíritu de la Luz no se dá a sí mismo un nombre diferente al que por derecho le corresponde.

Por lo tanto, al menos mi esposa y yo habíamos recibido a Cristo y estábamos dispuestos a acatar sus deseos o sus requerimientos. Desde aquella noche mi suegro se encargó, en lugar del espíritu custodio de J., de la conducción espiritual de nuestras sesiones.

Ya unas noches después se manifestaron mi suegro y Cristo solicitando nuestra ayuda. Nos hicieron saber que Cristo había traído consigo algunos de los espíritus de las Tinieblas caídos profundamente, y él deseaba que J. fuese su intérprete ante ellos. Explicó que los había traído de la esfera infernal, donde sólo por poco tiempo podía él manifestarse, hacerse visible ante ellos allí y ser escuchado por ellos, y también que él no ejercía suficiente poder sobre ellos, pues él no podía soportar estar alojado mucho tiempo en la esfera infernal.

Lo que a continuación sucedió fue tan extraño y tan sobrecogedor, que mi esposa y yo *nunca* lo olvidaremos.

Con una indecible paciencia e infinito amor, Cristo habló por medio de mi esposa a estos profundamente caídos y desdichados seres. Y ni siquiera uno se negó a seguirlo, todos se rindieron a su amor y misericordia. Durante mucho tiempo, noche tras noche, ayudamos a Cristo, a mi suegro y a varios otros espíritus elevados a encaminar a estos desdichados; y en cuanto Cristo vislumbraba el arrepenti-

miento y la congoja que él trataba de despertar en ellos, eran conducidos a sus moradas en las esferas.

Después de trabajar así algún tiempo, una noche me fue encomendada a mí la tarea de continuar influenciando a los espíritus caídos. Si bien yo había aprendido mucho oyendo a Cristo, esta tarea me fue indeciblemente difícil; yo no tenía su paciencia, ni su amor; pero cuando yo no podía adelantar nada con ellos, era alentado por el guía espiritual de la sesión. Lo que resultó más difícil fue hacer que estos seres dijese que personalidad habían revestido en su última vida terrestre. Trataban de hacernos creer increíbles historias (yo hablaba a los huéspedes invisibles, y mi esposa reproducía sus respuestas); mas como yo poseo buenos conocimientos históricos, en la mayoría de los casos logramos saber su verdadero nombre, y así yo tenía un punto de partida.

Haré mención aquí de un ejemplo de la ayuda que recibimos. Estábamos tratando con un ser especialmente malévolos, y él trataba constantemente de engañarnos; al final perdí la paciencia y le manifesté al guía espiritual de la sesión, que yo nada podía hacer. De inmediato oyó J. una clara y bella voz que le hablaba al espíritu con el que tratábamos. Primero ella oyó que la voz decía el nombre del espíritu; luego: «Tú, mentiroso, asesino y violador de mujeres, ¿cómo te atreves a engañar a los que tratan de ayudarte?» El acusado se horrorizó tanto por esta llamada de un ser invisible para él, que instantáneamente reconoció que «la voz» había dicho el nombre verdadero. Y entonces se volvió dócil.

Si bien estas sesiones fueron sumamente fatigosas y coincidieron con un período en el que yo tenía mucho trabajo y mi esposa estaba bastante delicada a causa de una bronquitis, siempre nos fue aportada una inconcebible fuerza de modo que cuando nos levantábamos de nuestra tarea, nos sentíamos más fuertes, menos cansados que cuando nos habíamos empezado.-

Saludo a Dinamarca

CUANDO mi esposa y yo hablábamos sobre la escritura de poemas de las inteligencias espirituales a través de mi, ella decía a menudo que en realidad era imposible comprobar que fuesen ellas las que se servían de mi mediumnidad, pues casi siempre eran seres cuya vida terrestre nosotros desconocíamos; además yo mismo era escritor, había escrito y publicado varias colecciones de poemas, por lo que a través de mis prestaciones mediúmnicas difícilmente podría ser aportada una prueba auténtica, aunque, como ya he advertido antes, no hay la menor sombra de igualdad entre mis poemas y los mediúmnicos. Por eso su constante estribillo era: «Que personalidades *conocidas* nos comuniquen poemas y que salgan a la luz a través de mi mediación». Pues mi esposa no tiene ni una pizca de talento poético, nunca ha aprendido nada de métrica y tampoco entiende de poesía, lo que a menudo he comprobado.

Un día en la primavera de 1911, le fue comunicado a J. que algunos de los poetas daneses fallecidos habían obtenido el permiso de intentar cada uno, a través de ella, de dar un poema, y así dar un testimonio auténtico de la subsistencia del Yo humano después de la muerte. Pero primero ellos debían ensayar diversos métodos y entonces elegir aquel, que mejor pusiese de relieve las características y peculiaridades propias del poeta.

Los primeros que ensayaron, por vía inspirativa normal, intentaron dar un poema a través de J. que escribía aquello que surgía en sus pensamientos. El resultado fue sumamente curioso. Lo que surgió no fueron versos, sino prosa; a través de lo cual no obstante cada poeta fue fácil de identificar por su peculiar elección de palabras.

Este método tuvo que ser descartado como inservible; pero nos dió en verdad una buena prueba de que J. no poseía talento poético.

Después se experimentó con otros métodos; surgieron tres o cuatro poemas, en mayor o menor grado defectuosos; pero a través de ellos, no obstante, los poetas podían ser reconocidos fácilmente, sobre todo el poema de Chr. Winther «Tallado en madera», que fue el mejor de ellos.

Se le comunicó a J. que, como los diferentes experimentos no habían salido bien, y que ella, para la escritura de poemas sólo podría usarse como medio si quisiera acceder a aprender de memoria, durante la exteriorización nocturna en el sueño (no trance), los poemas que el mundo suprasensible deseaba que fuesen dados como testimonios. Cada uno de los poetas escribiría su poema para que ella lo pudiera memorizar, y cada uno al día siguiente lo evocaría en el cerebro físico de J., y después ella podría escribirlo. (Véase el Prólogo de «Saludo a Dinamarca»).

Así surgieron 15 poemas que, por deseo de los poetas, fueron publicados en 1915 bajo el título «Saludo a Dinamarca».

Como versado en literatura debo declarar a continuación: que todos los poemas, tanto en su forma como en su contenido, ponen de manifiesto aspectos de las personalidades de sus autores, cumpliendo por tanto su propósito: *dar un testimonio auténtico de la subsistencia de sus personalidades después de la muerte terrestre*. No todos los poemas son igual de brillantes, pero algunos de ellos (de Molbech, Paludan-Müller, Hertz) están a la misma altura que los mejores que escribieron los poetas mientras vivían en la Tierra; y uno de ellos, el poema de Wilster, a mi parecer, supera el resto de su obra. A varios les ha contrariado, que muchos de los poemas no tengan un tono religioso; pero ésta es un objeción sin fundamento; puedo preguntar, ¿cómo Chr. Winther por ej. habría de ser reconocido, si hubiera dado un salmo? Pero lógicamente, algunos han afirmado que los poemas se semejan *demasiado* mientras que otros por supuesto, no han podido encontrar *ninguna semejanza*.

No puedo decir que esta colección de poemas haya sido recibida con la comprensión que merece. Aunque fue enviada a todos los expertos en literatura, a muchos de nuestros poetas, en total a unas 425 personas, que yo sepa, nadie versado en literatura ha manifestado públicamente ni expuesto su opinión sobre ella. En cambio hemos recibido de muchas partes muestras de gran interés y comprensión (sobre todo de no espiritistas). Pero numerosos y total-

mente absurdos son los intentos de muchas personas de subestimar el valor de los poemas. En primer lugar, pérfidas acusaciones de que yo mismo soy el autor de los poemas. (Lo extraño es que nadie haya acusado a mi esposa de ser la autora; para ello, los poemas son demasiado masculinos en sus pensamientos y estilo) En segundo lugar, que mi pensamiento había transmitido «telepáticamente» los poemas a mi esposa, después de lo cual ella los haya escrito. Y por último, que la «subconsciencia» de mi esposa tenía que haber sido el autor. Pero, ¿puede una mujer tener una subconsciencia masculina?

Cuando por propia experiencia se sabe cuán enorme es el trabajo mental que precede al surgimiento de un poema, este tipo de afirmaciones parecen absurdas e insensatas.

Si yo mismo fuera el autor de «S. a D.», con la mayor complacencia pondría mi nombre al pie de tan *incomparable imitación*, y lo mismo haría mi esposa. ¿Por qué habría yo de preferir poner mi nombre como *editor* de literatura espiritista, en cambio de hacerme famoso como *autor* de una eminente imitación? ¿Por qué, en resumidas cuentas, habría yo de ceder a otros el honor de lo que yo mismo había escrito? Me parece que esto debiera ser suficientemente obvio.

La teoría de que yo he transmitido «telepáticamente» los poemas a mi esposa, es igualmente un absurdo evidente.

Dado que los poemas han sido suscitados y escritos durante el período en que yo me encontraba en la escuela ocupado en mi trabajo allí, es imposible que primeramente yo haya formado los poemas en el pensamiento y luego por concentración de voluntad se los haya transmitido a J. ¿Es que se puede enseñar y *simultáneamente* transmitir poemas por «telepatía»? La verdad es que mi entendimiento se paraliza ante semejante teoría que sorprendentemente muchas personas aparentemente sensatas han lanzado para evitar tener que reconocer el embarazoso hecho de: *que realmente son los poetas que afirman ser los que han dado los poemas.*

Y ahora ¡la teoría de la subconsciencia! ¿Puede producir esta asombrosa subconsciencia, sin ningún trabajo mental previo, sin ninguna elaboración consciente de cosas oídas y leídas, auténticas obras poéticas? Obras poéticas que le implicaría a un hábil poeta gran esfuerzo mental para que surgiesen en la forma deseada. ¿Ha demostrado algún científico que esto es realizable? Para mi esposa no ha implicado más trabajo que el de escribirlos. ¿Y por qué no continúa ella

trabajando con eso? Si su subconsciencia produjera poemas como por arte de magia, ¿por qué no se sirve entonces más de ella? No, el hecho escueto es: *que ni antes ni después J. ha escrito un sólo poema.*

Y ¿por qué ninguno de los poetas a quienes se les envió el libro, se ha tomado la molestia de rebatir mi afirmación sobre el origen de los poemas, escribiendo ellos mismos quince poemas en el mismo espíritu y en el mismo estilo que los poemas de «S. a D.»? Ahora se cumplen 6 años desde el surgimiento de la obra, y hasta la fecha no he recibido ni una sola colección de poemas que *arrojen por tierra mi afirmación.* Como ya he dicho, tampoco he visto ni una sólo crítica documentada escrita de puño y letra de un verdadero versado en literatura.

Existe un viejo refrán que reza: «**Aquel que calla, otorga**». Si mi esposa y yo no hemos de contentarnos con que el refrán citado también sea aplicable aquí, debe ponerse mucho más tesón en demostrar que es imposible que los poemas provengan de los respectivos poetas.

Quedamos pues a la espera de las refutaciones.-

Una Prueba indirecta

DURANTE el período que hablábamos con los muchos espíritus atados a la Tierra, éstos se hicieron audibles para nosotros de diferentes formas. Así diariamente, durante varios años, se oía un sonido bastante peculiar que al parecer provenía de la puerta entre nuestro comedor y mi pieza de trabajo. El sonido puede ser caracterizado como si alguien utilizase la puerta como un cascanueces. A veces el sonido irritaba bastante; sobre todo cuando yo quería descansar sonaba a menudo tan ruidoso y tan persistente como si el propósito fuese justamente el de fastidiarme en mi descanso. Varias veces le habíamos preguntado a mi suegro si el perturbador de la paz no podía ser ayudado para que volviese a su esfera; pero la respuesta era siempre: Todavía no, ¡su tiempo llegará!

En una sesión, en el verano de 1911, en que mi suegro y algunos otros espíritus de la Luz estaban presentes, algunas preguntas religiosas hechas por nosotros fueron contestadas por los asistentes invisibles. Una de nuestras preguntas fue más o menos así: ¿Fue transfigurado el cuerpo de Jesús al resucitar él de entre los muertos? Esto fue contestado con un no rotundo, y el espíritu que contestó relató a grandes rasgos lo que había sucedido con el cuerpo muerto de Jesús, el relato que se halla en «Peregrinad hacia la Luz», pág. 82. Naturalmente fue difícil para nosotros creer de inmediato en esta explicación, y preguntamos por eso al comunicante, si no podía obtener permiso para darnos alguna prueba de que su aserción concordaba con lo que realmente pasó aquella vez hace casi 2000 años. Contestó que por supuesto no podía darnos una prueba directa; pero que nos daría una indirecta. Luego dijo que a menudo nos habíamos sentido molestos por el sonido ya mencionado; este

sonido era pues algo que «echaríamos de menos» si de repente cesaba. Esto lo confirmamos ambos; habíamos hablado a menudo sobre éllo, conjeturando cómo podía ser producido. Entonces dijo el espíritu: «A partir de esta noche el ruido desaparecerá para siempre, nunca jamás será repetido; esto será la prueba que yo os doy de que mis palabras son la verdad».

Y si bien una y otra vez nos poníamos a escuchar para ver si se oía el ruido, nunca más se oyó durante el año y medio que aún permanecimos en el apartamento. Nunca más fui fastidiado en mi descanso, y nuestra hija no tuvo nunca más ocasión de decir: «Escucha, allí está otra vez uno que casca nueces en la puerta», algo que hasta entonces había dicho con frecuencia.

La mencionada noche, ayudados por los espíritus de la Luz, hablamos con algunos de los espíritus atados a la Tierra, y el perturbador de la paz estaba entre ellos, lo que entonces ignorábamos; por eso el sonido que él provocaba para llamar nuestra atención, ahora podía cesar.

Así, el hecho de que el sonido cesase, pudo ser utilizado por el espíritu elevado como una prueba indirecta de la verdad de su aserción.-

La Separación de los papeles científicos dejados por mi Suegro

DURANTE el verano de 1911, cuando unos jóvenes científicos, por mediación de un miembro de la familia de mi esposa, se dirigieron a su hermana mayor pidiéndole que les confiase los papeles dejados por mi suegro para investigarlos y conservarlos, mi suegro se comunicó con J. solicitándole cuidar de que sus trabajos no fuesen entregados; él dijo que entre sus papeles se hallaba el proyecto de un trabajo que quedó inconcluso a su muerte, estando por eso muy insuficientemente argumentado. Los que no conocían las ideas en las que estaba basado este trabajo especial, podrían sacar falsas conclusiones de lo cuál él no quería ser la causa de éllo.

J. trató de impedir la entrega pero sólo suscitó disgustos y protestas del referido miembro de la familia.

Para evitar controversias en la familia mi suegro dijo, que él consentiría en la entrega, si *bajo su orientación* nosotros separábamos los papeles sobre los cuales él no deseaba que otros continuaran investigando.

Después de consultar con las dos hermanas mayores de J., se determinó llevar las cajas con los papeles de mi suegro a nuestra casa y abrirlas allí en presencia de nosotros y de las dos hermanas mayores de J. Desde la muerte de mi suegro en 1890 estaban guardadas en el desván del Real Instituto de Sordomudos. Una caja estaba herméticamente cerrada con clavos, la otra con un sólido candado. Nadie de la familia había tenido acceso a las cajas para ver los papeles, que después de su muerte habían sido agrupados por mi suegra y una de las hermanas de J. Cuando las cajas fueron llevadas a nuestra casa, tanto mi suegra como la hermana de J. que la había ayudado en eso,

habían fallecido. Ninguno de los cuatro que estábamos presentes al abrir las cajas: las dos hermanas mayores de mi esposa, la Sra. Danckert y la Sra. Wiberg, mi esposa y yo mismo, habíamos presenciado por lo tanto el acto de guardar los papeles.

Después que la Sra. Wiberg y yo habíamos quitado los clavos y la tapa, la Sra. Danckert¹, la Sra. Wiberg y J. se sentaron a la mesa de nuestra sala. (No en posición de sesión).

Lo primero conque empezamos² fue una inmensa cantidad de cuadernos (cerca de doscientos) de diferentes colores con etiquetas blancas para especificar índices. Yo saqué los cuadernos, montón tras montón, y los fuí colocando delante de J., *que no los tocó hasta que su padre le dió las instrucciones pertinentes*. J. repitió en voz alta las palabras de su padre, como por ej.: separa cuatro y dáselos a Enga, deja el quinto aparte; separa ocho y dáselos a Enga, y deja el noveno aparte; separa dos y dáselos a Enga y deja el tercero aparte, etc; así fueron separados todos los montones con una asombrosa rapidez; y resultó que los cuadernos que J. por indicación de su padre había puesto aparte, todos sin excepción llevaban en la etiqueta el mismo título; en tanto que los cuadernos que había recibido mi cuñada, la Sra. Wiberg, llevaban otros títulos, y en su montón no se hallaba ni un solo cuaderno de idéntico título al que tenía los cuadernos que J. había puesto aparte³.

Del mismo modo fue separado luego un gran número de papeles. Estos estaban enrollados en grandes rollos. J. fue sacando papel por papel de los rollos sin desenrollarlos, puso aparte los indicados por su padre y dió el resto a la Sra. Wiberg. Después de ordenar los rollos pudimos ver, por diferentes anotaciones marginales en los papeles, que los que habían sido separados, correspondían por su contenido al montón de cuadernos que antes habían sido puestos aparte. Por último fue separada cierta cantidad de paquetes con manuscritos de la misma manera.

¹ Como la Sra. Danckert se encontraba débil de salud, participó en el trabajo, pero no activamente.

² La caja pequeña cerrada con clavos, contenía los papeles de mi suegro, la grande con candado cuya llave faltaba, contenía impresos y unos cuantos grabados enrollados.

³ El color de los cuadernos no podía dar a J. ninguna información sobre el contenido, pues todos los cuadernos puestos aparte eran de diferente color.

Cualquiera comprenderá la profunda impresión que este acontecimiento nos causó a todos. Exacta y tranquilamente repitió J. las palabras de su padre; si bien todo fue realizado rápidamente, cuadernos y papeles fueron separados sin ninguna equivocación en dos montones. Todo lo que fue entregado a la Sra. W., fue enviado a los dos señores que deseaban hacerse cargo de los trabajos de mi suegro, el resto, por explícito deseo de mi suegro, fue quemado posteriormente. Como mi suegro mientras vivía había destruido él mismo parte de sus trabajos preliminares correspondientes a sus publicaciones sobre los períodos de crecimiento de los niños, y como los papeles dejados ya *de antemano* estaban incompletos, nos creímos en nuestro derecho a retener, por deseo del difunto, los escritos que de todos modos no hubiesen podido ser completados por otros.

Tampoco en este caso se puede recurrir a la influencia telepática de personas vivas para explicar el acontecimiento que tuvo lugar. Las dos personas que habían juntado y colocado los papeles en la caja, estaban muertas; pero aunque hubiesen vivido, es imposible que hubiesen podido recordar el orden en que fueron guardados, ya que se vió claramente que no estaban colocados siguiendo un determinado orden, todo estaba entreverado en rollos o montones.

Como la hermana mayor de J., la Sra. Danckert, ha fallecido, solamente la Sra. E. Wiberg puede ratificar lo dicho.

Declaro:

que, yo no estaba presente cuando los papeles dejados por mi padre fueron guardados en una caja para ser llevados después al desván del Real Instituto de Sordomudos,

que, la caja con clavos y otra caja más grande que contenían libros impresos grabados y estaba cerrada con un candado que tuvo que ser forzado, a instancia mía fueron llevadas del Real Instituto de Sordomudos al apartamento de mi cuñado, el Sr. M. Agerskov, situado en Grundtvigsvej 15,

que, yo estuve presente al ser abiertas estas cajas y tomé parte en la subsiguiente separación de los papeles, y

que, lo antes relatado acerca de la separación de los papeles de mi padre, por lo demás está de conformidad con la verdad.

Copenhague, 6 de marzo de 1922

Engelke Wiberg,
Apdo. de soltera:
Malling-Hansen

Los Espíritus atados a la Tierra

UNA noche en el otoño de 1911 mi suegro nos comunicó que todos los espíritus atados a la Tierra habían sido llamados a sus hogares de las esferas (véase «P. hacia la L.», pág. 124), y que en el futuro nuestra ayuda con respecto a estos seres sería innecesaria. Nos dijo igualmente que la esfera infernal estaba eliminada y que la mayor parte de los espíritus caídos, que habían residido allí, habían sido llevados a globos remotos; pero nos pidió que todavía por un tiempo continuásemos ayudando a los espíritus de la Luz para hablar con algunos de los más profundamente caídos, que habían despertado a la comprensión y al reconocimiento de su caída y sus pecados. Prometimos hacerlo por lo que tuvimos todavía bastantes sesiones difíciles con estos espíritus; pero los intervalos entre las sesiones fueron cada vez mayores, hasta que al cabo de unos dos años cesaron por completo.

Para nosotros fue una indecible alegría saber, que el plano astral de la Tierra ya estaba depurado de estos desdichados dignos de compasión, y que cada uno de ellos en su morada de las esferas recibía el cuidado que necesitaba y que de diversas formas era informado de lo que había sucedido y de la razón por la que durante tanto tiempo hubieran estado atados a una permanencia sin sosiego aquí en la Tierra entre los seres vivientes.

Mas como se dice en «P. hacia la L.», pág. 297, algunos años después de haber sido retirados los espíritus atados a la Tierra, había el riesgo de que se volviese a formar un nuevo proletariado de espíritus en el plano terrestre, pues las personas que habían perdido a parientes y amigos, especialmente en los años de guerra, se aferrarían a la doctrina espiritista de que a cualquiera le estaba permitido tratar de co-

municarse con los queridos difuntos. Los intensos pensamientos de los seres humanos y sobre todo de los médiums llamaban a los «difuntos» de vuelta a la Tierra, e infinidad de espíritus se manifestaban en cualquier sesión. La mayor parte de estos espíritus humanos, por consiguiente, se sentían atados a los vivientes que los habían llamado, por lo que sin cesar buscaban la ayuda de los espíritus de la Luz, para poder retornar a sus hogares en las esferas o para recibir mayor fuerza para poder contrarrestar el deseo de regresar a los sobrevivientes. En cambio, algunos de los «difuntos» se manifestaban solamente para tomar parte, de diferentes formas, en los placeres terrestres, a través de los médiums.

Después de varios años, la situación, por lo tanto, se hizo insostenible, aunque los espíritus de la Luz constantemente llevaban a su morada a aquellos que lo deseaban y que sufrían durante las estancias en la Tierra. Finalmente, en una plegaria directa a Dios, suplicaron su ayuda para salir de este estado, que poco a poco les iba siendo insoportable; gracias a su súplica se tomaron algunas medidas para alentarlos en sus esfuerzos, al igual que fueron determinados castigos de aplicación automática para los espíritus que a pesar de toda medida y toda ayuda abandonasen, sin embargo, sus hogares en las esferas para participar en las sesiones espiritistas terrestres.

De todo esto sin embargo se hace mención en «P. hacia la L.» págs. 297-301; pero la razón por la que de nuevo hago énfasis en esta cuestión es, porque nuestros círculos espiritistas daneses no han querido comprender este asunto. *No pueden o no quieren comprender*, que no puede beneficiar en absoluto a los difuntos, que éstos sean atraídos desde sus hogares en las esferas hasta las Tinieblas terrestres, que esto tiene un efecto tan perturbador y atante en el Yo espiritual. Todas las muchas sesiones espiritistas del mundo son, *según las Leyes divinas totalmente ilícitas*, y si los vivientes pudieran sentir los sufrimientos que padecen sus queridos difuntos al ser atraídos aquí, estoy convencido de que *todas las sesiones cesarían de por sí*. Y para hacerles una advertencia, al menos a aquellos que lean estas líneas, citaré a continuación una parte de un comunicado relativo a este tema que fue dado por nuestro guía espiritual en una ocasión concreta: «...Mientras los espíritus que pertenecen a las cuatro primeras esferas, a causa de las medidas tomadas, de ningún modo pueden volver

más a la Tierra, los que residen en los planos más inferiores de la 5ª. y 6ª. esfera todavía durante mucho, mucho tiempo estarán expuestos a ser atraídos a la Tierra a pesar de sus intentos de permanecer en sus hogares. Mientras las advertencias del libro («Peregrinad hacia la Luz») no sean conocidas universalmente, no habrá ningún cambio en este sentido. Esos espíritus que sin permiso acatan los llamados atraxtrices de los médiums, se sienten siempre perturbados, desdichados y desesperados en las Tinieblas de la Tierra. Y cuando se encuentran en el ambiente terrestre, en seguida les sobreviene a la mente los recuerdos terrestres, y en la mayoría de los casos olvidan entonces su existencia en la esfera de donde provienen. Se sienten casi como seres humanos aquejados de penosos sueños. En otras palabras: su estancia en la Tierra con los médiums es recordada por ellos cuando retornan a sus esferas, como *una pesadilla*, como *un lúgubre sueño*. *Diariamente* son atraídos miles de estos espíritus a los círculos de sesiones terrestres, y *diariamente* los espíritus de la Luz los llevan de regreso...».

Por supuesto que no será agradable para los espiritistas leer esto, sobre todo cuando los defensores del espiritismo constantemente han afirmado y siguen afirmando lo permisible de estos contactos con espíritus. Después de lo expuesto en «Peregrinad hacia la Luz» fácilmente se podrá reconocer, que este tipo de contactos nunca ha estado permitido, pero *que Dios permitió a sus propios enviados - los espíritus de la Luz* (véase «P. hacia la L.», pág. 118) tratar de establecer contacto con personas para entre otras cosas, también *acabar con esta falsa doctrina*. Y ahora que desde el mundo espiritual se ha tratado de poner orden a este caos, todos los espiritistas deben rendirse ante la evidencia de, que *ningún tipo de sesiones que tenga como objetivo establecer contacto con los muertos, está permitido*.

Y hay algo que los espiritistas no deben olvidar: muchos de los Mayores (los espíritus caídos) que encarnados viven entre nosotros los seres humanos, por exteriorización nocturna durante el sueño pueden manifestarse en las sesiones, pretendiendo ser éste o aquél, algo que los médiums muy difícilmente pueden controlar, ya que los espíritus de la Luz ya no se manifiestan en las sesiones para advertir contra los espíritus de las Tinieblas. Los médiums ahora sólo pueden contar con su conciencia, y si un médium ya ha empezado a celebrar

sesiones con débil iluminación (luz roja) o sin luz, o se dedica a sesiones de trance y de materialización, ya ha atraído tantas Tinieblas espirituales en torno suyo, que el Espíritu custodio, la conciencia, tiene indecible dificultad en hacerse sentir.

Permítanme sin dilación dejar por sentado, que mi esposa y yo desde el principio nos distanciamos del espiritismo tal como se conoce; en todo nos hemos acogido a la conducción de los espíritus de la Luz, y desde el momento en que nos fue comunicado que los espíritus atados a la Tierra habían sido llevados a sus hogares en las esferas, cesamos en esta parte de nuestra labor, y desde entonces *nunca más* nos han sido traídos estos seres. Sabemos que los difuntos están mejor en sus hogares y que allí reciben toda la ayuda que necesitan, y esa ayuda es mucho mejor que la que nosotros los seres humanos, incluso los mejores entre nosotros, podamos brindarles.

Que estas líneas sirvan para que los espiritistas vean y comprendan la gran responsabilidad que tienen en relación a los «muertos». Al menos abrigo la esperanza, que espiritistas libres de prejuicios y comprensivos, en el futuro enseñen a los menos comprensivos, *que el viejo abecedario espiritista es anticuado y carece de valor*, y que redunde mucho más en perjuicio que en beneficio.-

¡El Espíritu caído en lo más profundo!

En el transcurso del invierno de 1911 hasta la primavera de 1912, Cristo nos dió las demás parábolas incluídas en «Peregrinad hacia la Luz».

Durante ese invierno las sesiones de nuestro círculo fueron celebradas con bastante irregularidad, en parte, porque ni a la Sra. D. ni a mi esposa les sentaba muy bien el aire nocturno, en parte, porque el interés por los fenómenos psíquicos estaba menguando en algunos de los participantes. Mi esposa seguía rechazando categóricamente todas las propuestas de celebrar sesiones a oscuras y de trance, lo que éstos participantes no podían comprender; tampoco estaban ellos especialmente interesados en las preguntas religiosas que el guía espiritual deseaba que le hiciésemos, para que nosotros pudiéramos ser guiados por las sendas que los espíritus de la Luz deseaban. Nuestras sesiones privadas en cambio, continuaban celebrándose con bastante regularidad a las horas que el guía espiritual había fijado.

Una noche a principios de marzo de 1912, en una de nuestras sesiones privadas se manifestó Cristo diciendo que deseaba nuestra intercesión por un espíritu caído. Sus palabras fueron éstas: «Yo, Cristo, vuestro hermano mayor os hablo: ¡Escuchadme! Ayudadme a orar a nuestro Padre por la paz y salvación del hermano que os he traído. Sed misericordiosos con él; ¡pues ha caído tan profundo, que nadie puede caer más profundo que él; pues ha pecado tanto, que nadie puede pecar más que él, y sus sufrimientos son muy grandes!» (Véase «Peregrinad hacia la Luz», pág. 126).

Luego nos habló el espíritu que es conocido por nosotros los seres humanos bajo tantos nombres diferentes: el Diablo, Satanás, Lucifer etc.

Primero nos horrorizamos por la cercanía de este huésped; pues ni J. ni yo habíamos creído nunca en un diablo personal, y por esa razón nunca habíamos preguntado a nuestro guía espiritual si tal ser existía. Desde luego, ya muy pronto nos habíamos percatado de que había demonios o espíritus caídos; sin embargo, esto no lo habíamos esperado. Mas como sus palabras a nosotros dieron fé de la más profunda desesperación, una desesperación tan aplastante que prácticamente fue percibida por nosotros, y como él en nombre de Dios nos repitió que él era el Diablo temido por la humanidad - el adversario de Dios - tuvimos que creer tanto en su aserción como en la de Cristo. Y partiendo de la profunda compasión que sentimos por él y por sus sufrimientos, le perdonamos de todo corazón lo que había pecado contra nosotros, y pedimos a nuestro Padre celestial - en nombre de la humanidad - que perdonara su caída y el mal que había hecho a los seres humanos.

Con entrañable alegría y con muy conmovedoras palabras Cristo nos repitió la respuesta de Dios. (Véase «Peregrinad hacia la Luz», pág. 127, párrafo 4).

Nosotros mismos estábamos muy sobrecogidos por esta experiencia; pero los dos sentimos con una absoluta e intuitiva certidumbre, que lo que había acaecido significaba muchísimo más para nosotros y para la humanidad que lo que en el momento pudimos comprender o explicar.

Bien sabemos que muchas personas que han leído «P. hacia la L.» no pueden comprender este acontecimiento. No pueden comprender, que Dios en su infinito amor por todos los seres que El ha creado, pueda perdonar al hijo que hubo caído tan profundamente. Mas, ¿quién osa afirmar haber sondeado la profundidad del amor de Dios? ¿Algún ser humano osa establecer reglas sobre el comportamiento de Dios? Pero si comprendemos que el amor de Dios por sus hijos, es *el amor en su máxima potencia*, entonces también deberíamos poder comprender que El siempre ha de estar dispuesto a perdonar, incluso al ser, por el que la mayor parte de la humanidad civilizada no siente sino aborrecimiento y horror. Si hubiera tan sólo una persona a quien Dios no pudiera perdonar total y completamente partiendo de los

sentimientos de Su corazón de Padre, *no sería El perfecto*; ¿cómo podría El entonces ser para nosotros los seres humanos ¡el máximo ejemplo de amor y misericordia!

Mas, si bien Dios ha perdonado a su hijo, ha perdonado a aquél que ha caído más profundo que cualquier otro ser, tal perdón no es suficiente; también los seres humanos, partiendo de la compasión de sus corazones por los sufrimientos de él, deben perdonar lo que él durante millones de años ha pecado contra ellos. Que para muchos será muy difícil brindarle este perdón de corazón, lo comprendo muy bien; mas esto ¿no será debido a que tales personas empequeñecen a Dios y se engrandecen a sí mismos? No exagero si digo: que si cada persona pudiese comprender lo sublime de este pensamiento de perdón, los seres humanos, en sentido espiritual, se elevarían a una esfera más real, más pura y más colmada de amor, que la esfera en la que viven. En todo caso, aquellos que por numerosos motivos tienen gran necesidad de obtener el perdón de Dios, debieran comprender cuán valioso es tal perdón; partiendo de su propia ansia de perdón deberían poder comprender y perdonar al ser que ha pecado muchísimo más que ellos mismos.

Concluiré remitiendo a las palabras de Jesús incluidas en «Peregrinad hacia la Luz», pág. 55. «Tened misericordia con todos los que lleguen a vosotros; pues si vosotros tenéis misericordia, también vuestro Padre tendrá misericordia con vosotros. Perdonad a todos vuestros enemigos y a todos los que pecan contra vosotros; pues en la misma medida en que vosotros perdonéis, os perdonará también vuestro Padre celestial, cuando os arrepintáis de lo que habéis pecado contra El».

Sí, ¡seamos misericordiosos con aquellos que se acercan a nosotros buscando nuestro perdón! Y a través de «Peregrinad hacia la Luz» ha llegado a los seres humanos el hijo de Dios más profundamente caído para implorarles *misericordia y perdón*.

La Promesa

AUNQUE este relato no puede ser ratificado por otros, ya que yo por motivos privados no deseo mencionar a las personas que han desempeñado aquí el papel principal, lo voy a incluir sin embargo, porque muestra claramente los requerimientos hechos a nosotros en cuanto a absoluta confianza en nuestros guías espirituales; y también lo difícil que a menudo fue para nosotros tener esta absoluta confianza.

En una ocasión se me solicitó hacer un préstamo de 200 crs.; pero a causa de diversos gastos extraordinarios, tuve que negarme. Lo cierto es que yo tenía el dinero pero iba a ser empleado para el pago de nuestro alquiler, que debería ser pagado quince días más tarde. Y yo sabía que no me podrían devolver el préstamo para ese entonces; por consiguiente tuve que negarme a prestar mi ayuda.

La misma noche nos llamó mi suegro pidiéndome que a pesar de todo hiciera el préstamo mencionado; él me garantizó que no echaría en falta ese dinero. Pero como «más cerca están mis dientes que mis parientes», le contesté que si yo no podía saber de dónde o cómo yo mismo lo recibiría, no podía hacer el préstamo. Mi suegro dijo entonces: «Yo te doy, en nombre de Dios, mi palabra de que tendrás las 200 crs. cuando las necesites». Bueno, entonces acordamos mi esposa y yo, que debíamos acatar su petición, y el dinero fue entregado, si bien no podíamos concebir de dónde ni cómo lo recobrábamos.

Los días pasaron y no recibimos nada. La noche anterior al vencimiento del pago del alquiler todavía no había llegado el dinero, y debo confesar, que yo dudaba mucho que llegara. Y como todavía nos acordábamos de nuestras anteriores experiencias engañosas, temi-

mos haber tenido de nuevo contacto con un ser que nos quería desencaminar; y aunque la promesa estaba dada en nombre de Dios, acordamos que sería mejor que yo mismo empezara a tratar de conseguir prestado el dinero hasta que recobrase el prestado.

Dicho y hecho. La misma noche lo conseguí dirigiéndome a un pariente, pero desde luego no era eso lo que habíamos esperado; habíamos comprendido que recibiríamos el dinero sin tener que incomodarnos en absoluto. En otras palabras, esta solución no nos satisfizo del todo. Pero - finalmente llegó la solución adecuada.

Al día siguiente, poco antes de que yo tuviese que pagar mi alquiler, recibí doscientas coronas como regalo de una persona que nada sabía ni nada podía saber de que yo necesitaba justamente *esa suma*. Y he de añadir de inmediato, que nosotros no teníamos ningún motivo para esperar que alguien viniese con un regalo, pues ese día no era ni el cumpleaños de mi esposa ni el mío; el regalo vino, por decirlo así, como «un rayo caído del claro cielo», totalmente inesperado.

Es difícil describir nuestros sentimientos; pero en todo caso se puede entender bien que nos sentimos muy avergonzados por haber mostrado tan poca confianza en la promesa dada. Cuando hablamos con mi suegro, él dijo: que las promesas que los espíritus de la Luz dan a sus pupilos en nombre de Dios, *siempre* serán cumplidas, y que ciertamente era inconcebible que él hubiera dado una promesa falsa. Dijo que había sabido que nosotros recibiríamos ese regalo, y que justamente lo recibiríamos *el día en que teníamos que pagar las doscientas coronas*, por eso él había dicho que tendríamos el dinero *cuando lo necesitásemos*.

Para mi esposa y para mí es imposible aceptar la explicación de lo ocurrido como un acontecimiento telepático. Ignorábamos de dónde vendría el dinero, y la persona que nos lo dió nada sabía ni nada podía saber sobre nuestra situación, en verdad, era imposible que supiera que habíamos prestado el dinero destinado al alquiler, quedándonos en una difícil situación económica. Para nosotros sólo hay una única explicación, la que nos dió mi suegro: que él sabía lo que nos llegaría, y que él había obtenido el permiso para decírnoslo para que nosotros así pudiéramos ayudar a otro a salir de una dificultad.-

«Peregrinad hacia la Luz»

EL 3 de marzo de 1913, ya entrada la noche, mi suegro llamó a J. para decirle que estaba allí junto con un espíritu que deseaba darnos un comunicado que debía escribirse¹. A causa de lo tarde que era pregunté si yo habría de escribir lo que el comunicante le dictase a J. La contestación fue que deseaban que J. y yo nos sentásemos a la mesa para, como de costumbre, por medio de golpes de sí y no, confirmar si J. reproducía correctamente lo que le era comunicado; y que deseaban que mi hermana, la Sra. Lindahl, estuviese presente para que ella pudiera actuar como escribiente.

Por esta solicitud llamé a mi hermana pidiéndole que viniese, lo que ella hizo sin dilación.

El espíritu que ahora se manifestaba se denominó Ardor, y nos dió las primeras páginas de «Peregrinad hacia la Luz». Al preguntar nosotros, supimos que Ardor era idéntico al espíritu que nosotros los seres humanos llamamos Lucifer o Satanás, y que él, exhortado por Dios, se nos manifestaba en el aniversario de su regreso a Dios, para dar a través de mi esposa un relato a la humanidad de su caída, sus pecados y su salvación. Ni J. ni yo nos acordábamos de que el 3 de marzo era el aniversario de la noche en que intercedimos por él; en cambio recordábamos que ya era de noche cuando Cristo nos lo trajo. Indagando en nuestros papeles, constatamos empero la exactitud de esta indicación, lo que naturalmente nos interesó en sumo grado.

¹ A causa de la enfermedad de la Sra. D., se había desistido de las sesiones fijas del círculo.

Empezaba ahora un trabajo sumamente interesante para nosotros, pero un trabajo extenuante y prolongado; sobre todo fue requerido muchísimo de mi esposa. Como en «Peregrinad hacia la Luz», pág. 402, se da cuenta de cómo surgió esta obra, a continuación sólo haré mención a la inmensa paciencia desplegada por J. como mediadora de esta obra.

Después de la primera sesión, se nos dió a entender bastante rápido, que los espíritus de la Luz deseaban dar un comentario al Relato de Ardor, pero que la claridad del comentario y la amplitud de las respuestas, dependerían de las preguntas que hiciesen los miembros del círculo conforme fueran conociendo el Relato de Ardor. Además se nos dijo que la parte principal del trabajo recaería sobre mi esposa, y el comunicante le pidió que fuese muy cuidadosa y que hiciese cuantas preguntas se le ocurriesen para que todo pudiera ser esclarecido lo mejor posible; su guía espiritual trataría constantemente de suscitar en sus pensamientos las cosas que deberían exponerse en el comentario.

Una vez que la labor con las preguntas para el Comentario hubo empezado, J. cayó en cuenta de cuánto se requeriría de ella; y en seguida sintió que colaboraba mejor con su guía espiritual cuando permanecía tranquilamente en su casa. Consecuentemente, renunció a todo tipo de vida social, no iba al teatro, ni a conciertos, porque todo esto perturbaba el contacto espiritual. La explicación a este fenómeno sin duda debe ser esta: que cuando los pensamientos de mi esposa estaban ocupados por lo que ella había oído o visto, es decir influenciados por algo externo, le era difícil despejar todo esto de la mente y abrir su interior a la inspiración del pensamiento de las inteligencias espirituales. Jamás fue coaccionada respecto a lo que había de incluirse y lo que había de omitirse de las respuestas dadas con miras al Comentario. Si J. hacía objeciones porque creía que esto o aquello suscitaría ira, escándalo o malentendidos, su guía contestaba siempre: no lo insertes hasta que comprendas que lo más acertado es incluirlo. Y cuando nosotros, después de haber hablado sobre ello, llegábamos a la misma conclusión de que, nuestras insignificantes opiniones no deberían pesar en la balanza a favor nuestro, la respuesta deseada era insertada donde le correspondía. Así pasó cuando el guía espiritual, en el mes de abril de 1918 (véase «Peregrinad hacia la Luz», pág. 296, Nota 1), le pidió a J. que incluyese un

apartado concerniente a los médiums, los espíritus atados a la Tierra y las sesiones que le dió a continuación. Mi esposa dijo de inmediato cuando comprendió de lo que se trataba: los espiritistas también se van a poner en contra nuestra, nunca admitirán esto ¡pues es su alfa y omega! Pero justamente por eso se debía incluir, los espiritistas tendrían que comprender que también *algunos de sus dogmas eran falsos y había que corregirlos*. – Esa vez pasó mucho tiempo hasta que J. pudo avenirse a insertar el apartado mencionado; le parecía que era demasiado *duro* tener también a los espiritistas como adversarios; mas cuando ella, por medio de conversaciones sostenidas con algunos espíritus que habían experimentado ellos mismos, el sufrimiento que implicaba el ser atraído a las sesiones de los espiritistas contra su deseo y voluntad, comprendió que el requerimiento de su guía era justificado, el apartado fue insertado.

Contrariamente al Relato de Ardor y a las dos Exhortaciones, de Cristo y del Siervo de Dios respectivamente, que fueron dadas en correlación con cada sesión, el Comentario surgió como un auténtico mosaico. Las respuestas fueron escritas en papeles sueltos sin que J. intentara agruparlos u ordenarlos siguiendo un determinado orden. Una vez escritas bastantes explicaciones, por indicación del guía espiritual fueron agrupadas en el orden en que debían estar; el resultado fue entonces un comentario muy pequeño. El guía le advirtió a J. *que esto era sólo el principio*, había mucho, mucho más. Entonces continuamos con las preguntas que fueron hechas por uno u otro de los miembros del círculo, pero principalmente por J. Cuando de nuevo hubo un montón de respuestas recopiladas, éstas a su vez, por indicación del guía, fueron insertadas en los sitios que les correspondían, y así continuamos hasta que J. categóricamente declaró: que ya no tenía nada más que preguntar.

Entonces se dió por finalizado el Comentario apareciendo tal como se presenta en «Peregrinad hacia la Luz»; como ya dijimos, sólo el apartado sobre los médiums, fue insertado posteriormente por deseo del guía.

Cualquiera comprenderá cuán fatigoso fue este trabajo para J.; este modo de escribir el Comentario, hizo que ella siempre tuviera que volver a ordenar lo una vez ya juntado; innegablemente se requiere mucha paciencia para no cansarse de esta continua reescritura. Mas, por otro lado me parece que esto en realidad es la mejor prueba de

que la obra no proviene de mi esposa; pues si ella fuera el autor, ella hubiera hecho un bosquejo antes del surgimiento de la obra, como siempre se hace, y no meterse sin más ni más en un trabajo tan abrumador, elaborándolo de la manera relatada. Mi esposa tenía incluso una visión de conjunto tan exigua de las respuestas recibidas, que ella misma no era capaz de encontrar dónde debían ser insertados los nuevos apartes, cada vez el guía tenía que indicarle los lugares con mucha exactitud; y en general lo insertado compaginaba tan bien con lo ya escrito, que sólo en unos pocos casos el guía tuvo que dar un par de líneas para encadenar lo nuevo con lo ya escrito.

Como muchos de los pensamientos en el Comentario eran extraños y desconocidos para J., y como ella una y otra vez, al igual que yo, ha tenido que leer, por no decir, estudiar las respuestas para así comprenderlas y poderlas explicar a otros, es ciertamente imposible que estos pensamientos provengan de nosotros mismos, provengan de la conciencia de nuestro Yo. Mas también sobre esto los adversarios han afirmado las cosas más inverosímiles para explicar su surgimiento; por supuesto que la telepatía y la subconsciencia desempeñan el mismo papel que en los intentos de explicar el surgimiento de «Saludo a Dinamarca». Pero respecto a esto ha surgido una nueva y singular teoría: «Que algún genio, de algún lugar de la Tierra transmitió sus geniales pensamientos a cualquiera que pudiera captarlos y escribirlos!! Sin embargo, aquí mi modesta persona como el autor telepático es puesta fuera del juego; ¿pero qué se puede pensar de las personas que seriamente exponen tales afirmaciones? ¿Se puede imaginar, en definidas cuentas, a un genio que voluntariamente «subestima su valía» y deja que la casualidad decida, si sus pensamientos geniales pueden ser captados por otros, saliendo después a la luz del día en una obra completa? En todo caso a mi esposa y a mí nos gustaría encontrar a este excéntrico individuo; sería bueno, no sólo para nosotros sino también para otros, conocer a tal ejemplar único. ¡Pero me temo que no saquemos nada en claro de tal búsqueda!

Por deseo del mundo suprasensible, la obra «Peregrinad hacia la Luz» fue publicada en la primavera de 1920. El libro fue enviado a todos los obispos, y también a unos 60 pastores, deanes y otros teólogos. Fue recibido con oficial silencio.

Pasados unos meses aparecieron en algunos periódicos provinciales unas benévolas reseñas; una de estas reseñas fue seguida por una

polémica en la que participó un pastor. Su aportación mostró claramente, que aunque hubiese hojeado el libro, desde luego no lo había leído detenidamente ni reflexionado sobre él; no tenemos ningún motivo para tomar nota de sus observaciones.

En el otoño, en uno de los periódicos capitalinos apareció una reseña del doctor en Filosofía y Letras, Kortsen. Tampoco voy a dedicar muchas palabras a esta reseña, pues el crítico evidentemente sólo se propuso ridiculizar la obra. Bien podría considerarse gracioso leer el siguiente galimatías que su desbocada fantasía ha engendrado como explicación a uno de los capítulos de «P. hacia la L.»: «Se proyectan perpendiculares sobre el radio desde el sol central (el reino de Dios); se trazan diagonales desde los bisoles (?) hasta el concepto ser, que a su vez está situado en el lugar geométrico de los centros invisibles». ¡Ciertamente no necesito citar más para dejar constancia del terremoto espiritual que debe haber tenido lugar en el cerebro de este filósofo! En fin, reseñas de este tipo no perjudican la obra - sólo perjudican al crítico mismo.

Hoy, después de haber transcurrido dos años, todavía no ha llegado ninguna reseña científica, y exceptuando el referido ataque no muy bien meditado de un pastor, nada hemos sabido de los teólogos.

¿Cómo hemos de entender esto? ¿Se puede aplicar aquí el mismo refrán ya citado: «¡El que calla, otorga!»? ¿O cómo ha de entenderse este silencio? ¿No es deber de los teólogos dirigentes, si piensan que la obra va en contra de su concepto de lo divino, advertir a sus feligreses contra ella? Especialmente las advertencias deberían ser enviadas para ayudar a los jóvenes de mentes cándidas a rechazar esta obra que en grado sumo va en contra de los dogmas tradicionales. Pero que yo sepa, este tipo de advertencias no ha tenido lugar de parte de los teólogos autorizados.

En cambio sé que numerosos jóvenes han hecho suyos los pensamientos del libro, han comprendido su enseñanza clara, justa y plena de amor. ¿No contraen entonces los teólogos, con los obispos a la cabeza, una inmensa responsabilidad ante estos jóvenes a los que deben encaminar y no desencaminar? Si ellos piensan que la enseñanza indicada en «P. hacia la L.» procede del mal, ¿qué le contestarán entonces a nuestro Dios y Padre cuando El un día les pregunte ¿por qué callaron? En verdad, es un asunto de conciencia al que sólo los interesados mismos pueden responder. *Y esperamos la respuesta.*

Pero los teólogos al menos deben comprender que si no quieren recibir el libro «P. hacia la L.» como lo que es: un obsequio de Dios a la humanidad, entonces deben demostrar claramente *que lo que se da en la obra es inferior a la doctrina que ellos enseñan*; claramente y de forma bien documentada deben demostrar que el Dios al que sirven es más justo, muestra más amor y misericordia por los seres humanos que el Dios que se nos muestra en «P. hacia la L.» Deben argumentar claramente que *Dios no puede dar a la humanidad más o mayores revelaciones que las que El ya ha dado*; documentar que Dios no puede, a través de sus enviados, ponerse en contacto con los seres humanos dándoles respuestas a las preguntas: ¿De dónde?, ¿por qué?, ¿A dónde?, las preguntas que se hallan contestadas en «P. hacia la L.» Deben argumentar con pruebas que su doctrina contrariamente a la dada en «P. hacia la L.», concuerda plenamente con la verdad; documentar que Dios no puede pensar ni actuar de otra manera que la que ellos se imaginan.

Mas yo puedo tranquilamente afirmar que esto es imposible. Un dios que en sus pensamientos y actos se deja atar de manos y piés por los postulados dogmáticos humanos, no es *dios*. A todo lo que los teólogos digan para defender sus opiniones, yo quiero decir: Mi esposa y yo *sabemos* que las verdades dadas en el libro, son verdades divinas, mas revestidas de palabras humanas para que sean comprendidas por los seres humanos; nosotros no «creemos», no «suponemos», no «pensamos»; no, nosotros *sabemos* que lo dado en «P. hacia la L.» es *verdad*. Cualquiera que tenga un pensamiento libre e independiente, estudiando los pensamientos del libro y comparándolos con los postulados de la doctrina tradicional, por sí mismo podrá convencerse de quién tiene razón. Y partiendo de lo más profundo de su ser, cada quien debe esforzarse en comprender que Dios es infinitamente superior, infinitamente más justo y afectuoso de lo que los seres humanos hasta ahora se han imaginado.

Y una cosa es segura: *Con «Peregrinad hacia la Luz» como fundamento, todas las corrientes religiosas pueden recopilarse en una unidad*. Todos los que querellan sobre dogmas totalmente sin valor, pueden avenirse a esto: *que Dios es amor y justicia*. ¡Imaginémonos, que un día la humanidad se vea libre de ser testigo de las eternas disputas entre los teólogos,

entre aquéllos que deberían ser luminosos ejemplos para nosotros!
¿Es que este pensamiento es inconcebible?

A finales del mes de mayo de 1914, mi suegro le pidió a J. si quería sacar dos copias del «Relato de Ardor» y de la «Exhortación de Cristo», los cuales ya habían sido terminados de escribir en las sesiones celebradas; igualmente le solicitó que se sacasen dos copias de lo que había resultado de las respuestas del Comentario. Cuando las copias estuviesen listas, por su indicación, deberían ser guardadas por mi cuñada, la Sra. Wiberg, y mi cuñado, el odontólogo Lindahl, respectivamente.

Ese año mi esposa y yo habíamos planeado un viaje a Alemania en las vacaciones de verano; por eso supusimos que estas copias deberían ser sacadas porque a lo mejor el manuscrito podía ser destruido mientras estábamos fuera. Pero como el año anterior también habíamos estado fuera de casa durante un tiempo, y en ese entonces también habíamos tenido a nuestra custodia un manuscrito de inferior volumen a contestar, en realidad nos pareció bastante extraño este encargo; esto representaría un gran trabajo para mi esposa, que tendría que escribir sola las dos copias, puesto que yo estaba sumamente ocupado con mi trabajo de censor de exámenes como para poder ayudarla. Pero mi suegro dijo muy decididamente que aunque ahora no comprendiésemos por qué deseaba esto, lo comprenderíamos por completo más tarde. No había pues otro remedio, las copias fueron escritas y entregadas a la custodia de mi cuñada y mi cuñado unos días antes de que mi esposa a principios del mes de julio me acompañase a Jutlandia en un viaje de trabajo, como censor de exámenes.

Cuando regresamos de Jutlandia, mi esposa cayó enferma a causa de una bronquitis bastante grave, y por eso tuvimos que posponer unos días nuestro viaje a Alemania - y entretanto estalló la guerra. Así fue que no partimos y mi esposa dijo entonces: «Bueno pues, no hubiera necesitado hacer las copias».

Posteriormente hemos comprendido, desde luego, que con toda probabilidad había habido el peligro de que Dinamarca fuera involucrada en la guerra, lo que era claro para nuestros guías espirituales, previendo un posible bombardeo, ellos habían cuidado de que el manuscrito tan valioso para ellos fuese guardado en tres lugares dife-

rentes de la ciudad, con la esperanza de que, al menos en uno de los lugares, pudiera hallarse intacto.

Certifico con la presente que a primeros del mes de julio de 1914, recibí de mi cuñado M. Agerskov un paquete con manuscritos para que yo los guardase.

15.4.1922

Engelke Wiberg
aplldo. de soltera:
Malling-Hansen

15.4.1922

K. Lindahl

«La Doctrina de la Redención y El Camino más Corto»

UNOS meses después de la publicación de «P. hacia la L.», más o menos a mediados de junio de 1920, se le pidió a mi esposa que escribiese por dictado del pensamiento una disertación acerca de la Doctrina de la Redención, luego una disertación de Cristo y una de otro espíritu elevado de la Luz. J. aceptó y durante unas horas diarias de trabajo surgió «La Doctrina de la Redención y El Camino más Corto» al cabo de pocos días.

En aquel momento yo me encontraba en Jutlandia ejerciendo allí de censor de los exámenes de maestros. Doy por descontado que en este caso, ninguna persona me atribuirá el título de autor de este escrito, y lógicamente tampoco pensará que yo lo he transmitido «telepáticamente» a mi esposa. Igualmente doy por descontado que, tampoco nadie acusará a mi esposa de haberlo escrito ella misma (¡hasta ahora nadie lo ha hecho!); como cualquiera puede ver, se requeriría para ello una formación teológica, una formación que J. por supuesto nunca ha tenido, ni yo tampoco.

La disertación de Cristo en el que él especialmente se dirige a los pastores, se distingue por una profunda aflicción personal de que nadie le haya ayudado en su lucha para guiar a la humanidad, y él llama una y otra vez a aquéllos de sus hermanos que pertenecen a su propio círculo, aquéllos que son los enviados de Dios, igual que él mismo. Esta disertación de Cristo, tan llena de amor y de entrañable pena conmovedora, nos muestra a Cristo desde un aspecto distinto al que se presenta en «P. hacia la L.» Allí habla él como

aquél que tiene autoridad para exponer las Leyes de Dios ante los seres humanos, habla como su Maestro y Guía; mas en su otra disertación se nos presenta como el amigo, el hermano que se aflige por sus hermanos, que se apena porque ellos en lugar de ayudarlo a desembarazarse de la pesada carga divina, le vuelven la espalda y se niegan a brindarle la ayuda que le prometieron antes de su actual encarnación. No comprendo cómo un pastor pueda leer estas palabras plenas de dolor, sin sentirse conmovido en lo más profundo - y sin responder de inmediato y prestar su ayuda.

Dado que nosotros, cuando publicamos «P. hacia la L.» nada sabíamos de que un nuevo escrito nos sería confiado para su publicación, habíamos destruído las listas en las que habíamos anotado los nombres de los teólogos a quienes había sido enviado «P. hacia la L.» Por eso no pudimos enviar «La Doctrina de la Redención» a todos aquéllos que habían recibido la Obra principal; esto también me parece ser una prueba¹ de que ni J. ni yo habíamos planeado este escrito; pero nunca se sabe desde luego, qué acusaciones pueden surgir. Quizás éste también provenga de la subconsciencia, pues ya estamos habituados a que nos lancen tal inculpación.

Este escrito fue recibido con el más absoluto silencio; que yo sepa no ha sido reseñado en ninguna parte, ni en la prensa diaria ni en las revistas teológicas. Y en cuanto a éste escrito es válido lo mismo que para «S. a D.» y «P. hacia la L.»; este silencio lo interpretamos como que nosotros, aunque no los conociéramos, tenemos *muchos adeptos* entre los teólogos; pues aunque no *todos* aquéllos que reci-

¹ No hasta que llegamos a la disertación de Ignacio (véase «La Doctrina de la Redención», pág. 44) nos fue indicado que: las palabras de Gabriel sobre «los tres frutos dorados» fueron dadas como una predicción sobre las tres obras: «Saludo a Dinamarca», «Peregrinad hacia la Luz», «La Doctrina de la Redención y El Camino más Corto». En el momento en que recibimos el mensaje, Dios sabía pues que J. seguiría el recto camino.

bieron «P. hacia la L.», han recibido «La Doctrina de la Redención y El Camino más Corto», se lo hemos enviado a la gran mayoría.

También con respecto a éste esperamos las opiniones del círculo de teólogos, si no hemos de conformarnos con *que nuestra concepción es correcta.*

Observaciones Concluyentes

AL hacer un repaso de lo que he escrito sobre nuestras experiencias psíquicas y la conducción a la que hemos estado sometidos, veo entonces que unos cuantos acontecimientos requieren una explicación más pormenorizada. Me refiero a lo que he comentado acerca de los nítidos golpes metálicos que tanto asustaron a mi esposa cuando los oyó en el silencio de la noche.

Mi suegro nos había explicado este fenómeno de la siguiente manera: Dado que mi esposa antes de su encarnación había prometido tratar de convertirse en mediadora entre los espíritus de la Luz y los seres humanos, fue decidido, con el permiso de Dios, que ella durante su vida terrestre habría de ser llamada tres veces desde el mundo suprasensible, cuando llegase el momento en que podía suponerse que era lo suficientemente madura para ocuparse de esta labor. El permiso para llamar tres veces fue concedido, porque este método de trabajo era difícil y completamente excepcional y porque nadie podía saber hasta qué punto le sería posible al Espíritu custodio de J. guiarla de modo tal que adquiriese conocimientos suficientes sobre el espiritismo; conocimientos que eran imprescindibles, pues constituirían la base del plan que habría de ser seguido.

Llegado el momento en que el Espíritu custodio supuso que J. tenía algo de comprensión de la comunicación espiritual, le fue encomendado al padre de J. llamarla, llamarla de forma tal que ella reaccionase de la manera esperada. Mi suegro, que sabía que J. durante su infancia y juventud, en las tranquilas noches estivales siempre se había deleitado al escuchar el «repique de campanas» de

las iglesias a la puesta del sol, y a menudo había dicho, que el consecutivo eco de las oraciones sonaba muy bonito, optó entonces por llamarla 3 veces con 3 golpes nítidos para así mostrarle que quien la llamaba no quería hacerle mal y para en lo posible hacerle comprender así, que quien llamaba era él. Lo único que logró fue pues, que J. se asustase y cuando ella, que tiene una fuerte voluntad, tan terminantemente ordenó al huésped invisible que cesase de golpear, a él le resultó imposible producir todos los golpes igualmente nítidos; tuvo que ceder ante la voluntad que le ordenó silencio.

Cuando después pedí, en mis pensamientos, una prueba de la presencia de inteligencias invisibles, mi suegro obtuvo permiso para dar la prueba - pero no hasta que mi esposa entrase en la sala, para así demostrar que era especialmente *ella* la que era llamada.

Tampoco esta vez se logró despertar la completa comprensión; por eso fue hecho el tercer intento como una exhortación directa tal como está descrito en las págs. 16-17. Esto J. lo comprendió, aunque no tenía deseos y más bien sintió animadversión por ello, hizo sin embargo como se deseaba; - mas, si tampoco hubiese hecho caso a este tercer intento, no se le habría vuelto a llamar, y no se le habría encomendado a ella la gran labor de ser la mediadora entre los espíritus de la Luz y los seres humanos; - en tal caso, Cristo y sus ayudantes hubieran tenido que seguir buscando hasta haber encontrado a otra persona.

Espero poner de manifiesto con estas palabras, que mi esposa *no era la única* elegida; muchos otros habían hecho la misma promesa antes de la encarnación; mas es claro que tanto J. como yo estemos agradecidos por haber acatado *la última exhortación*; y si bien en muchos aspectos han sido años difíciles para nosotros, hemos adquirido, a través de nuestras reuniones, nuestras conversaciones diarias¹ con los espíritus de la Luz una certidumbre tal que nadie nos podrá quitar ni disputar.

En cuanto a los conocimientos sobre el mundo suprasensible, mi esposa y yo somos expertos en esta *materia*; ninguno de los mil

¹ Estas «conversaciones diarias», por supuesto, hace mucho tiempo que ya no se sostienen; mas cuando es necesario mi esposa recibe la ayuda que necesita para contestar a las preguntas hechas a ella concernientes a «P. hacia la L.»

ochocientos millones de seres humanos de la Tierra posee mayor conocimiento que nosotros, y permitidme añadir, que las informaciones dadas en «P. hacia la L.» son *sólo una parte de los conocimientos* que nos han sido confiados; tenemos conocimiento de muchas cosas que no pueden ser comunicadas y que tampoco serán comunicadas a la humanidad por nuestra mediación; mas, para que nosotros pudiéramos estar bien preparados para brindar la ayuda que se requirió de nosotros, teníamos que poseer más conocimientos que otros que no estaban precisados a poseerlos.

Por último voy a mencionar un comentario que nos han hecho varias personas que no han comprendido «P. hacia la L.» El comentario es este: si el Diablo (Ardor) realmente hubiese retornado a Dios y hubiese obtenido Su perdón, entonces los seres humanos *de la noche a la mañana* habrían de volverse mejores porque ya no estarían expuestos a su influencia. Naturalmente, las personas reflexivas han comprendido que tal cosa no sucede *de una vez*. En primer lugar, porque aún muy pocas personas lo han perdonado, pues cada quien que esté en condiciones de perdonarlo, con ello se libera de sus maldiciones y se vuelve menos vulnerable ante la influencia de las Tinieblas (el Mal), e incluso se eleva, en sentido espiritual, a una atmósfera más pura; en segundo lugar, los seres humanos tienen que luchar contra *sus propias inclinaciones* al Mal; y por último, mas no menos importante, gran número de *los representantes de las Tinieblas* se hallan todavía encarnados entre los seres humanos; y éstos de muchas formas impedirán durante mucho tiempo todavía, el avance de la humanidad hacia la Luz. Muy lentamente se notará el mejoramiento en las nuevas generaciones, y sólo cuando los representantes de las Tinieblas hayan desaparecido todos de la faz de la Tierra, se verá el avance.

La lucha, que durante millones de años se ha librado entre los poderes de la Luz y los de las Tinieblas en el mundo espiritual ha conducido a *la victoria de los poderes de la Luz*; mas la lucha final ha de ser librada aquí en la Tierra entre los representantes encarnados de la Luz y los de las Tinieblas. No sabemos nada de cuán larga o corta será esta lucha, depende de cuán rápido los representantes de la Luz comprendan su tarea, y de cuán pronto estén en condiciones de hacer frente a la misma. Mas, si aquéllos de los enviados

de Dios que se hallan entre las *generaciones maduras* no osan hacerse sentir *ahora* para defender la causa de la Luz, entonces habrá que esperar a las generaciones jóvenes. Nada sabemos pues cuán larga será la lucha; mas *sí sabemos* que si los poderes de la Luz han vencido en el mundo espiritual *la victoria también será suya en la Tierra*.

Sabemos que muchas personas se han sumado enteramente a «P. hacia la L.» y no nos han faltado exhortaciones para formar una asociación cuyo objetivo fuese el de propagar los pensamientos del libro. Mas, *no es éste el camino* deseado por el mundo suprasensible, *El Camino* está claramente señalado en «La Doctrina de la Redención y El Camino más Corto, pág. 35. «P. hacia la L.» no tiene por qué ser una señal de disensión; el libro está dado para unir a todos *en un fundamento común*, y no es nuestra labor iniciar un nuevo movimiento religioso para sumarlo a los numerosos ya existentes, fundados partiendo de divergentes interpretaciones de la Biblia; en el campo religioso la humanidad ha tenido ya suficientes discordias, rencores, envidia y condenaciones; no es de extrañar, que los espíritus de la Luz, ahora que Ardor ha retornado a su morada, concentren todos sus esfuerzos en dar a la humanidad un *símbolo de unidad*, un sólido fundamento que no tambalee y que tampoco pueda ser desplazado.

Esperamos lo mejor del futuro, y sabemos que aquellos que elijan *el recto camino, caminarán por él bajo la conducción de nuestro Dios y Padre, así como nosotros lo hemos hecho.*-

APENDICE

Remitiendo a lo relatado en las páginas 15-16, daré a continuación unos ejemplos de poemas que surgieron a través de mi mediumidad.

Karma

Imágenes de dolor y pena por incontables siglos, veo,
Sucesivos días y noches en ininterrumpido ciclo;
alternadas vidas terrestres, por el pecado deshechas y agobiantes;
aunque lento, arrojando el yugo del karma avanzaste empero.
Pocas alegrías conociste, mas mucho dolor;
Porfía, soberbia y temor por el Altísimo tus pensamientos
colmaron,
abatieron tu alma y llenáronla de pavor indecible.
Algo de la tragedia pasada Muribad contarte quiere;
os reuniréis pronto, diáfanos momentos para tí alborarán;
Mucho ha de ser purgado, mas ninguna falta por siempre condena;
mas tu radiante marcha a las celestes alturas has retrasado;
allí, en parajes por nosotros no comprendidos, morar debieras.
Appius calla – el Augusto que está aquí, silencio me pide.

El poema fue escrito el 6.12.1910. En la página 28 del capítulo «El Mensaje» está referido la extraña interrupción del poema debido a la cual no fue apuntado cuánto tiempo llevó escribirlo. Según nos fue indicado el poema se debe al espíritu Appius Claudius y está dirigido a un miembro del círculo. Véase además el capítulo titulado «El relato de la Encarnación Índica».

Iriva

Bondad y sacra belleza singular irradia
del dulce y noble rostro de mujer,
destellos de luminosos colores
de vida en él contemplo.

Amor y graciosa bondad era su habla,
dulzura y tierna mansedumbre de ella fluía,
oro su cabello, dorada su ropa,
dorados y niveos.

Canción en su rítmico cadente andar había,
de su radiante ser tonos fluían,
jugando su tierna voz canturreaba,
sueños musitaba.

Pero dolor oculto en este rostro había,
dolor en los profundos, radiantes ojos.
Anhelo y dolor, hondura de ensueño en la mirada,
de amor enternecida.

En tí deleitóse élla, ¡bello efebo!,
sólo a tí, la maravilla platicó.
Que en el alto radiante cielo,
os reunáis un día.

El poema fue escrito en una sesión celebrada en el mes de febrero de 1911. La escritura duró 7½ minutos sin correcciones. Según nos fue indicado también este poema se debe a Appius Claudius y está dirigido al mismo miembro del círculo que el poema anterior. Este miembro llevó en una encarnación anterior el nombre de Iffisus y fue amado por Iriva. (Véase «El Relado de la Encarnación Índica»).

La eternidad

I

Por las salas de la eternidad solo ando,
el remoto mundo de vida terrestre fijo miro,
el mundo atado al tiempo de nuevo ansío,
ansío y sueño.

Sueño contigo, que en sus cercos andas,
penosamente de mí alejada, te ansío,
sé, que en la inmensa sala de eternidad
pronto andaremos.

Salúdote con señas – mas no lo sabes,
ando en tu entorno – mas no me ves,
beso tu mano – mas no lo crees;
Esfera de eternidad

a tus límpidos ojos, mi ser oculto.
a tus atentos oídos, mi pensamiento oculto;
mas la eternidad comprenderás un día,
¡Claudia, querida!

II

¡Fluíd aguas, fluíd olas!
¡Espumad y desapareced, tu, río de tiempos!
Estirpe tras estirpe tu espumaje sigue,
hacia el mar eterno su flujo desemboca.

Lejos entre arrecifes, piedras y rocas,
¡embiste estrepitosa, rauda corriente!
jamás cesa, jamás decrece,
empero, sólo ilusión es todo el rumbo.

Aprisa, aprisa raudas aguas;
el país eterno alcanzarán un día;
las espumosas olas reposarán empero,
mas aclaración empero obtendrán.

Vida humana, por el tiempo asida,
 es la torrentosa agua misma,
 Oleaje de días en perpetua marcha,
 Sucédese bajo la bóveda de eternidad.

III

Tú, diminuto mundo,
 a mis pies extendido;
 antaño toda mi existencia
 sólo en tí volcada.

Grandes, hondos pensamientos
 mi afán no conocieron;
 efímeramente se deambula
 por serpentina senda de vida.

Mayor profundidad y fuerza
 ahora he adquirido,
 mas hacia la inmesurable oscuridad
 mi mente no vuelvo.

Nadie la eternidad
 a cabalidad conoce,
 ni aquí arriba ni allá abajo
 su esencia alguien conoce.

Cierto hay otras esferas,
 por mí no concebidas;
 nada sobre ellas aprendo
 yendo ahora por mi senda.

Estos poemas surgieron en una sola sesión cuya fecha no está anotada. (Véase la pág. 51 sobre la respuesta de Cristo a la pregunta). La escritura duró 5, 8 y 7 minutos respectivamente, sin correcciones, y según fue indicado, los poemas se deben a los espíritus Appius Claudius, Lilian Foster y Kurt v.d. Esche. La diferencia

entre el solemne romano, la sentimental inglesa, y el «resoluto» alemán me parece muy característica.

Por último un soneto que según fue indicado se debe a la figura renacentista italiana César Borgia. Surgió en una sesión celebrada el 19.7.1909, y fue escrito en 5 minutos; en la tercera línea hubo una corrección insignificante. Tanto a mí mismo como a los miembros del círculo nos sorprendió que un poema de estrofas tan difíciles pudiera ser formado en tan poco tiempo.

Soneto

Con curvas mejillas, frondoso cabello,
con profundos y suaves destellos de azules ojos,
con esbelta silueta bajo el traje cubierta,
con las manos formadas cuan delicados cuencos,

está ella, la joven mujer. Copiosamente dorada
con esplendor, del día sus últimos destellos
la sílfide y el encanto,
mientras el sol las últimas horas del día mide.

¡Oh, dulce Beatriz! ¡Oh, bello sueño!
¡vuelve tu mirada hacia mí! ¡mira, tu esclavo
ante tí se postra!
prodígale una mirada, ¡solo una! ¡tú, bella!

Mi profundo amor te mostraría;
mi amor, en tu ser ensimismado,
la desesperanza por tí te mostraría.

EPILOGO

DESPUÉS de haber sido terminada esta obra, fue publicada «La Quimera del Espiritismo», del teólogo danés Martensen-Larsen, en la que son comentados los tres libros mediúmnicos editados por mí; sin embargo, este comentario es tan somero y superficial que en nada puedo cambiar mi opinión de lo expresado en la página 79 acerca de la responsabilidad que tienen los teólogos con respecto a la valoración del contenido religioso de estos libros.

Otra observación:

El autor de «La Quimera del Espiritismo» sostiene que los tres libros han aparecido mediante *escritura automática*. Esto es totalmente falso, lo que con toda claridad se desprende de los Prólogos de cada libro y del Epílogo de «Peregrinad hacia la Luz». Mas si el punto de partida, la base, no es correcta, las conclusiones necesariamente tampoco han de serlo. Se recomienda por tanto al deán, en la próxima edición de su obra, si la hay, que saque los libros por mí editados del «hervidero» y del «bosque encantado» y los coloque en su debido lugar, es decir, entre las revelaciones.

INDICE

	Página
Introducción.....	5
Establecemos Contacto con algunos defensores del Espiritismo en Dinamarca.....	13
Papeles encontrados.....	18
Sesiones de mesa, Fotografía y Clariaudiencia.....	22
Predicción enfermedad de mi Cuñado.....	26
El Mensaje.....	28
Relato de Encarnaciones.....	31
Relato de Encarnación Índica.....	36
Los Poderes de la Luz y de las Tinieblas.....	46
Cristo.....	51
«Saludo a Dinamarca».....	55
Prueba indirecta.....	59
Separación papeles científicos de mi Suegro.....	61
Los Espíritus atados a la Tierra.....	65
El Espíritu caído en lo más profundo.....	69
La Promesa.....	72
«Peregrinad hacia la Luz».....	74
«La Doctrina de la Redención y El Camino más Corto».....	82
Observaciones concluyentes.....	85
Apéndice.....	88

Posiblemente al lector también pueda interesarle leer en español, las obras claves publicadas por la Editorial directamente correlacionadas con la presente obra:

¡Peregrinad hacia la Luz!

Preguntas y Respuestas

La Doctrina de la Redención y el Camino más Corto.